



Terror
Fantasía
Ciencia Ficción



Ediciones Turas Mór

27



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>"Tetraktys": sinecdotario de viaje</i> (GONZALO SANTOS)	4
<i>Eva</i> (CHINCHIYA P. ARRAKENA)	19
<i>Los demonios en la cueva</i> (DANIEL GONZÁLEZ)	22
<i>El hombre sierra</i> (ÁLVARO VALDERAS)	28
<i>El elemento sorpresa</i> (JOSÉ L. CARRASCO)	32
<i>Epagómenos</i> (HÉCTOR H. OTERO)	37
<i>El gramo inagotable</i> (PABLO SOLARES VILLAR)	41

NM

www.revistanm.com.ar

directornm@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

<http://sites.google.com/site/revistanm> / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative ID: 1301154347614

Se agradece por haber tomado parte en este número a: LAURA PONCE,
YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: *"She can retreat away from his throne"*
(GONZALO CANEDO —<http://canedo.weebly.com>—)

EDITORIAL

Para las culturas primitivas —según MIRCEA ELIADE— el Tiempo era uno con el Mundo y la temporalidad profana no estaba desligada de la sagrada. En América del Norte, por ejemplo, los yuki y los yokut decían “la Tierra ha pasado” para expresar que había transcurrido un año. Cada nueva estación era una re-creación de un tiempo eterno y original; el Cosmos comenzaba de nuevo. Todo acto humano ceremonial era una representación de un suceso mítico. Mas luego, en sitios como Grecia o la India, las elites fueron perdiendo su auténtica religiosidad y la repetición de rituales despojada de contenido condujo necesariamente a una visión pesimista de la existencia, donde la única salida eran la *ekpyrosis* o el nirvana.

La filosofía historicista y existencialista nos siguió alejando de esa concepción del Eterno Retorno, pero no de su aspecto terrorífico. Definitivamente desacralizado, el Tiempo presenta una duración precaria y evanescente que conduce de manera irremediable a la idea de la muerte, de la extinción. Quizá por eso la paranoia del 2K o la fascinación por el “apocalipsis maya”.

Pero los aficionados a la CF estamos de vuelta y ya vivimos el futuro. Re-creamos. Re-presentamos mitos. Sabemos que las posibilidades son infinitas. Si no, lean las siguientes páginas.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.6. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4.32 y Gimp 2.8. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

“TETRAKTYS”: SINECDOTARIO DE VIAJE

GONZALO SANTOS

1

No los había creado nadie. Según decía el informe del investigador espacial, en el planeta no vivía ser orgánico alguno; había sólo robots. Máquinas que nadie había creado. Que estaban ahí, simplemente desde siempre. Quizá desde el principio de los tiempos. A la superficie de Caamán —así habían nominado al planeta— no llegaba ninguna señal del espacio exterior. Los robots parecían desenvolverse motu proprio, y habían desarrollado un lenguaje y una tecnología de la palabra —escritura electrónica, algo bastante rudimentario— que les permitía volverse autoconscientes y construir una subjetividad propia, un *ego*, una especie de *cogito* cartesiano con el que podían entrometerse en las profundidades de su ser, pero también “(...) en la mente

de los otros, ya sean orgánicos o no (...)”.

Al principio del viaje, continúa el informe, la idea parecía absurda, por contradecir los principios más básicos de nuestra ciencia, de nuestra lógica. En un pasaje se lee: “(...) Traté de pensar y analizar el fenómeno desde centenares de perspectivas diferentes, pero al final me di cuenta de que en mi lenguaje no iba a poder hallar ninguna solución y me rendí a la evidencia, una evidencia que siempre nos termina ganando, imponiéndose a lo que fuera: los robots, de alguna forma, son los nativos de Caamán, por más estúpido que pueda parecer eso (...)”.

Robots... nativos... Me pareció un oxímoron interesante o, por lo menos, poético. Aunque al final del informe había una firma prestigiosa —Ricardo Alfredo Arschinbaum, el

conocido biólogo—, por lo que podría tratarse de algo más que un rapto de lirismo. Si lo hubiera escrito otro, un nadie, lo habríamos descartado con apenas leer las dos primeras líneas; “otra vez el tópico —hubiéramos dicho en ese caso— del investigador espacial que termina su vida en la locura, o del idiota tecnovanguardista que busca llamar la atención con cualquier cosa”. Pero un investigador con tanto prestigio... merecía al menos el beneficio de la duda. Se lo había ganado.

Decidí entonces llevar el informe al laboratorio —trabajo en uno multidisciplinario, muy famoso, y mi especialidad es el lenguaje y la programación, acaso otro oxímoron— y entregárselo directamente al jefe del *departamento de investigación de vida en otros mundos (DIVOM)*, para que lo revisara. Él me recibió cordialmente, como siempre; me hizo pasar a su oficina y me preguntó si había pasado algo. Yo le di el informe sin decir nada. Él lo agarró, lo recorrió con los ojos rápidamente y, al final, se detuvo en la firma, pensativo.

—Ricardo Alfredo Arschinbaum —empezó a decir—. ¿De dónde lo sacaste?

—Me llegó una copia a mi computadora —le respondí—. Supongo que no desconocerá la relación que tenía con él...

—No —tosió el jefe—, por supuesto que no. Te lo pregunto porque hace varios meses que no llega a la Tierra ninguna noticia de Ricardo. Supongo que vos tampoco desconocerás eso. Nadie sabe nada sobre

su paradero; ni siquiera si todavía está vivo... ¿Cuándo recibiste eso?

—Ayer. Lo recibí ayer. Y, por cierto..., ¿usted sabe dónde queda exactamente Caamán?

—Sí, en E2489-zD1, según la nueva nomenclatura: la galaxia más lejana conocida hasta el momento. Creí que todavía nadie había llegado hasta ella... Pero, bueno... ¿Y qué dice el informe? Hágame un *abstract* rápidamente.

—Bueno, en realidad, más que informe tiene la estructura de un relato. Y lo más importante que aparece es la descripción de ciertos robots aparentemente increados, que parecen ser la única cosa que se mueve en Caamán.

Entonces el jefe esbozó una sonrisa, agarró el informe y comenzó a leerlo, un poco más detenidamente que antes. Al llegar a la segunda hoja se detuvo:

—“La tecnología —empezó a leer en voz alta— es algo que potencia las capacidades naturales de un individuo. Los anteojos potencian la vista. Los vehículos, nuestra velocidad, nuestro movimiento. En fin. Los objetos tecnológicos en general son cosas externas al hombre que le permiten potenciar sus aptitudes. Ahora bien, los robots con que me encuentro acá... parecieran potenciar las capacidades de un organismo que no aparece por ningún lado, que quizá ni siquiera existe, según lo que entendemos nosotros por existencia. O que existió un día y ahora sólo queda su huella, su pata de palo, que empezó a caminar sola...”. Parece interesante..., ¿no?

2

Si mal no recuerdo, fue el día después de la charla con mi jefe cuando los acontecimientos tomaron conocimiento público. Alguien —quizá mi jefe— había alertado a los medios sobre el informe de Ricardo, y ahora en las noticias —incluso en noticieros internacionales e interplanetarios— pasaban todo el tiempo las “presuntas” novedades del caso, intercambiando informes biográficos sobre la trayectoria del Dr. Arschinbaum —que nadie, por cierto, sabía pronunciar y había casi tantas interpretaciones fonéticas sobre el nombre como periodistas en el universo, lo que no es poco—. Se hablaba de él incluso en esos programas de baja estofa con los que el idiota “tipo” se entretiene durante la tarde. A mí quisieron hacerme varias entrevistas —no sabían que había sido yo el que había recibido el informe, pero sí conocían la relación que me unía al doctor—, pero sólo concedí una, a varios medios al mismo tiempo, en donde declaré, como sabrán quienes la escucharon en su momento, que todo me parecía una falsedad, que quizá ese planeta tan lejano obnubilaba la percepción de quienes entraban en él, como pasó en Chip-Sap, y no sé cuántas cosas más que se me iban ocurriendo sobre la marcha.

En realidad, yo sabía que no había un ápice de mentira en el informe, porque conocía a Ricardo muy de cerca. Tal vez —pensaba yo— ocurría algo que mi viejo amigo no podía desentrañar, simplemente porque

no contaba con la tecnología suficiente para hacerlo —se había ido apenas con su aeronave personal, sin mucho equipo—. Como ocurría con los pueblos antiguos, acaso se estaba nominando sobrenaturalmente a la realidad, por desconocer sus leyes. Pero, en cualquier caso, era algo que me interesaba demasiado y deseaba resolverlo personalmente. Es por ello que, apenas me enteré sobre la expedición hacia Caamán que emprendería el laboratorio, junto con otros —subsidiados por los gobiernos—, arbitré todo cuanto estuviera a mi alcance para poder ir yo también. Hacía tiempo que no hacía algo por el estilo. Los últimos veinticinco años de mi vida habían estado, prácticamente, vinculados a la investigación teórica de laboratorio; y a veces miraba con nostalgia ese pasado periploso —perdón por el neologismo, pero es ésa una adjetivación casi exacta—, cuando iba y venía de los planetas más distantes, olvidándome de a ratos de mí mismo, de mi pasado anterior, expectorado como un vómito sobre la ventanilla. Sí... Como un vómito. Como un vómito de alguien que ya no está, que ya no es, que ya no existe. Un vómito sin vomitante. Como una tecnología sin hombre.

3

La ruta espacial era bastante compleja: había que atravesar varias decenas de galaxias, franquear agujeros de gusano, evitar cientos de agujeros negros. En fin. Lo que se dice un

viaje peligroso. Pero nos habían asignado una nave bastante grande, de las últimas, de esas que no salen al mercado porque, en caso de hacerlo, sólo podrían adquirirla dos o tres personas en todo el mundo y gastándose buena parte de su fortuna. La habían creado para recorrer grandes distancias y ésta era la segunda vez que iba a usarse; el costo de ponerla en funcionamiento era alto, exorbitante, y no se podía usar para cualquier capricho científico, por lo que tuvimos que elaborar arduos proyectos de investigación en los que intentamos demostrar las bondades que traería el viaje a Caamán.

Conmigo viajaba Ernesto, especialista en biología extraterrestre; Alexander, especialista en robótica; Augusto, un físico y matemático; varios pilotos y varias decenas de técnicos, y un psicólogo, como suele ocurrir en los viajes largos. Yo conocía nada más que a Ernesto, con quien había compartido varios seminarios en la universidad y con quien, en su momento, llegué a tener mucha afinidad. De los demás no conocía nada. Apenas el nombre. La firma debajo de algún informe científico que habré leído. Pero eso no importaba demasiado.

Durante el viaje, dediqué mi tiempo a leer alguna novela policial del siglo xx, a repasar algunas monografías sobre robótica extraterrestre —naturalmente, había muy pocas, porque todavía no se había encontrado ninguna civilización capaz de crear algo parecido a lo que nosotros llamamos “robots”. Pero, sobre todo, aproveché el tiempo para descansar

del agitado y vertiginoso aburrimiento —oxímoron sólo en apariencia— que uno suele padecer en un laboratorio. Y con los demás casi ni hablé, excepto con Ernesto, con quien rememoramos algunas anécdotas, pero no mucho más que eso.

El viaje duró aproximadamente —no recuerdo con exactitud, pero cualquiera que tenga algún dispositivo informático puede precisarlo— veinticinco o treinta días de los nuestros, quizá un poco más. Al aproximarnos al planeta, el ambiente cordial y profesional de la nave se cargó de tensión y, por la cara que pusieron mis compañeros, parecíamos estar a punto de ser devorados por un gran agujero negro. Pero Caamán —ya lo veíamos todos por los visores— no tenía nada de extraordinario, al menos por el momento. Parecía un planeta más, de esos que tanto abundan en nuestra galaxia. Tenía un color rojo parecido al del viejo Marte, una redondez casi perfecta, y algunas manchas grises, que eran como mares de metal líquido —lo que, por cierto, sí era bastante novedoso—. También, cuando estuvimos más cerca, notamos accidentes geológicos de toda índole, entre los que nos llamó la atención un cráter inmenso, increíblemente profundo, cuyo fondo aún no alcanzábamos a vislumbrar; era como una gran herida de disparo que lo atravesaba de un lado a otro.

Al llegar a la distancia apropiada, nos pusimos nuestros trajes y nos preparamos para aterrizar y salir de la nave. De acá en más, dispénsenme del lenguaje riguroso de la ciencia y permítanme la descripción meta-

fórica. No por poetizar, sino porque, cuando nada tiene aún un nombre, no se puede de otro modo. Simplemente.

4

Habíamos formado varios grupos de exploración, y a mí me había tocado compartir grupo con Ernesto, como consta en mis declaraciones posteriores. Recuerdo que, cuando pisamos la superficie del planeta, caminamos unos metros hacia un conjunto de rocas y nos quedamos ahí, esperando recibir instrucciones. Después alguien dijo “éste es el Sur, éste es el Norte, allá está el Oeste y por acá el Este”, y a nosotros nos tocó el Sur, pero el planeta era una gran llanura en todas sus direcciones, y daba lo mismo un rumbo que otro.

Empezamos a caminar. Ernesto iba delante de mí, y parecía apurarse, como si pretendiese llegar a algún lado, como si hubiese algo en algún lugar que estuviese esperando por él. Sobre nosotros había varios satélites, varias lunas que absorbían luz de un sol que aún no habíamos visto; también podían distinguirse varios planetas y varias manchas verdes que parecían ser galaxias, y esas cosas eran —en medio de tal llanura— los objetos más cercanos en los que los ojos podían detenerse.

—No sé por qué —empezó a decir Ernesto en un momento, amignorando la marcha—, pero me parece que todo esto es un gran engaño. Una estafa.

—No sé —le dije—. Yo esperaría un poco. Acabamos de llegar... ¿qué esperabas? ¿Pensabas que nos recibiría una fila de robots con una paloma blanca?

Ernesto se dio vuelta por primera vez desde que empezamos a caminar, me miró un momento a través del vidrio de su traje, y después continuó caminando.

—Ni robots ni paloma blanca —dijo, acelerando otra vez el paso—. Sólo imaginaba encontrar al menos una huella. Algo que diera cuenta de la presencia de algo. Y lo único que veo por ahora es el vacío. La nada. En todo caso, una huella de nuestra estupidez. Como si lleváramos la nada con nosotros, adonde quiera que vayamos.

—¿Leíste a Sartre?

—No. Pero imagino que vivir cincuenta años rodeado de estúpidos te llevará a las mismas conclusiones a las que él habrá llegado después de largos años de estudio y dedicación.

Seguimos caminando sin decir nada. Ya habíamos hecho, casi sin darnos cuenta, varios kilómetros —eso indicaba nuestro reloj—, pero todavía no se veía nada. Nada de lo que esperábamos ver, quiero decir. Nada para lo que estaban preparados nuestros ojos. Porque varias veces —ahora lo recuerdo bastante nítidamente— pasamos junto a lagunas de metal líquido —eso parecían—, junto a montes de formas escatológicas y sexuales —Ernesto veía tetas en todas partes, olvidé decirlo—, pero no les dábamos la menor importancia, a pesar de que, en otra ocasión, esos

fenómenos tal vez hubieran sido motivo de un viaje en sí mismos. Lo único que nos importaba en ese momento era encontrar a Ricardo, y los robots que había descrito en su informe. Sin embargo, en un momento hubo algo que nos llamó la atención. El primero en darse cuenta fue Ernesto.

—Mirá, ¿lo estás viendo? —Sus dedos se estiraron hacia delante, señalando un conjunto de rocas más o menos dispersas—. ¿Son las mismas... o es la locura?

—Si fuera la locura..., sería imposible corroborarlo...

—No puede ser. —Ernesto parecía desconcertado; sacó su reloj de un bolsillo delantero y se puso a consultar las coordenadas—. Estuvimos caminando en línea recta todo el tiempo... ¿Cómo puede ser posible?

Delante de nosotros, dispersas sobre el suelo, rojizas como la tierra, las rocas parecían tener exactamente la misma disposición espacial que aquellas en las que estuvimos al principio, cuando bajamos de la nave, como si en algún momento hubiéramos cambiado el rumbo sin darnos cuenta.

—Si no contara con un poco de tecnología —dijo Ernesto, que todavía seguía mirando su reloj—, pensaría que nos volvimos locos. Pero ya ves...

—Por ahí... este tipo de simetría, de regularidad, puede ser signo de... Porque la naturaleza no suele ser tan geométrica..., o bueno, al menos en nuestro mundo. Qué sé yo.

Ernesto guardó el reloj y se sentó en una roca.

—Es verdad —dijo—. Este tipo de regularidades no es natural, en ningún lado. Es algo muy nuestro... ¿Y si fue Ricardo?

—¿Ricardo? No creo... ¿Para qué querría hacer esto? No tiene sentido.

—¿Entonces?

—Entonces no sé. Podría aventurar muchas teorías, pero creo que conviene esperar. Prácticamente, todavía no sabemos nada de Caamán. Y lo que tendríamos que hacer ahora es... ¿Eh? ¿Qué fue eso? ¿Lo escuchaste?

Ernesto se paró, sacó el arma, y empezó a mirar para todos lados. Se había producido un sonido articulado, que parecía provenir de alguna máquina y, casi al instante, los dos sentimos un dolor de cabeza insoportable, como si alguien estuviera intentando entrar adentro de nosotros. Empezamos a alejarnos de las rocas, caminamos torpemente algunos metros, pero el dolor, lejos de irse, se hacía cada vez más intenso y yo caí al suelo de rodillas.

—Nos vamos a morir —dije, haciendo un esfuerzo sobrehumano para comunicarme con Ernesto y, acaso de ese modo, engañarme de la soledad de la muerte—. Nos vamos a morir, Ernesto.

Pero él parecía estar peor que yo, porque ni siquiera podía hablar. Había caído también al suelo y se agarraba la cabeza con las dos manos; se estrujaba y se golpeaba a sí mismo, como tratando de encontrar un punto de acupuntura que lo liberara del dolor y de esa voz que parecía habernos penetrado. Pero, fuera lo

que sea, estaba adentro de nosotros mismos y era imposible escaparle, como nuestra sombra. Es más: todo lo que hacíamos tenía un efecto contrario; en lugar de aliviamos, nos hacía sentir peor. Yo lo comprendí inmediatamente y dejé de moverme. Me quedé tirado en el suelo, intentando evitar el instinto natural que me empujaba al movimiento. La idea de la muerte —más que una idea, a esa altura— ya había dejado de parecerme espantosa y la veía más como una liberación. Pero de pronto el dolor se esfumó abruptamente. Y, entonces, otra vez la voz. En este caso, articulando palabras de nuestro idioma:

—Bienvenidos a Caamán. Espero que se sientan cómodos durante su estadía.

Y ahora lo veía bien: la voz que parecía no tener cuerpo alguno —una voz sin cuerpo— ahora había cobrado forma. Era un robot.

5

El cráter al que llegamos era bastante pequeño, y era tan regular y geométrico que no parecía un cráter. Al menos, un cráter natural. Sus bordes formaban un círculo casi perfecto y el suelo no tenía siquiera una piedra que desalineara ese orden oculto, esa simetría latente a la que todavía no podíamos encontrarle sentido alguno, como a casi nada en Caamán.

Empezamos a bajar hacia el interior del cráter. El robot iba delante de nosotros, que lo seguíamos sin saber qué quería, cuál era su propósito, si nos iba a matar, a usarnos,

o qué. Cuando llegamos al centro —exactamente al centro: ni un milímetro de más ni uno de menos— el robot se detuvo y entonces a mí me indicó un lugar a su derecha, y a Ernesto uno a su izquierda. La disposición espacial parecía ser muy importante, y eso fue lo primero que me atreví a preguntarle:

—Disculpe... —¿Señor robot? ¿Caamánico? ¿Cómo llamarlo?—. ¿Por qué nos tenemos que colocar acá?

Entonces el robot, que tenía decenas de extremidades de metal alrededor de su cuerpo, que terminaba en un cuadrado al que, metafóricamente, podríamos decirle cabeza, programó algo en el panel lleno de botones que tenía en su, digamos, estómago, y después pareció mirarme, porque dirigió la única parte de su cuerpo que era parecida a un ojo hacia mí.

—Ya lo irás descubriendo —dijo, con una voz espantosa, como en una ferrosa y crónica afonía—. Pero te puedo ir adelantando que nuestro principio básico, nuestra ley, es la ley del número. Ellos son el principio de todo. La razón por la que estoy acá, y por la que vos también estás.

—Es curioso —comencé a decir, ya con un poco más de confianza—, pero en nuestro planeta hubo hace mucho tiempo una doctrina que también ponía al número como principio de todo. Pero..., no perduró demasiado.

El robot hizo una serie de movimientos hasta que logró una posición parecida a lo que nosotros llamamos “estar sentado”.

—¿Estás hablando de Pitágoras?
—preguntó.

—Sí —le dije, sorprendido—.
¿Cómo es que sabés de él?

—Es una larga historia. No importa.
Quizá más adelante lo sepas. Ahora
me interesa que me cuentes por qué
han venido a Caamán. Quiero conocer
tu punto de vista. Supongo que el mo-
tivo deberá ser importante; de otra
manera no se entiende por qué deci-
dieron algo tan costoso. ¿Es así?

—Es así —le dije—. Supimos de
ustedes hace poco, y nos parecieron...
—¿organismos?, ¿máquinas?, ¿ro-
bots?; ¿cómo decirles?— seres...
muy interesantes. Algo inédito, para
nosotros. Si es cierta la información
que nos ha llegado..., que dice que...
ustedes son seres que no han sido
creados por nadie y que, además...

—No, no es del todo cierta —in-
terrompió el robot—. En realidad,
nosotros, como ya te dije, estamos
acá por el Número. Porque todo en
el universo es Número. Todos esta-
mos compuestos de esa manera.
El uno es el punto. La partícula sub-
atómica. Nosotros somos una mezcla
de puntos, de unos, y de líneas, que
son el dos. Y de superficies y volú-
menes. El tres y el cuatro, respec-
tivamente. Y de material binario...

—Pero... —Era la primera vez
que Ernesto iba a dirigirse al robot
y estaba nervioso, titubeaba—. Yo
podría creer posible que los números
formen superficies y volúmenes...,
pero, ¿cómo explicar la inteligencia,
la voluntad?

—Como una combinación astuta
de números —respondió el robot con
mucho naturalidad, como si ya se lo

hubiesen preguntado muchas veces—.
Pero dejémoslo ahí, porque es un tema
muy complejo para un primer encuentro
de bienvenida. Ahora vengan conmigo.
—El robot se incorporó y empezó a
caminar—. Quiero mostrarles algo.

Lo seguimos hasta uno de los
bordes del cráter, que era igual a
los otros bordes, y, cuando llegamos,
de la intersección entre el suelo y
la pared empezó a salir un cajoncito,
que el robot tomó con sus brazos y
apoyó cuidadosamente en el suelo.

—Esto no se lo mostramos a na-
die todavía —dijo—. Pero creo que
ustedes, como delegación oficial, lo
tendrían que conocer; por supuesto,
si es que quieren conocer por com-
pleto Caamán.

Ernesto y yo asentimos con la
cabeza. El robot continuó:

—Miren. —Sus manos, o lo que
fueran, abrieron el cajoncito y de él
salieron, de pronto, varios organismos
peludos y alargados, rectangulares,
con antenas y una boca muy parecida
a la nuestra, que empezaron a caminar,
a arrastrarse sobre el suelo—. Los
llamamos Césares; y ellos sí son seres
creados. Los creamos nosotros hace
mucho tiempo, combinando puntos,
líneas, superficies y volúmenes. El
planeta estaba muy solo con apenas
una especie.

6

Cuando volvimos a la nave, no había
nadie. Ni siquiera los técnicos, que
no deberían moverse de ahí para
nada. Miré mi telecomputadora, mi
reloj, le pedí a Ernesto que se fijara

también en sus dispositivos, pero no había nada. Nadie. Ningún mensaje.

—Esperemos un poco —sugirió Ernesto, acostándose sobre la gomaespuma—. ¿No es genial?

—No sé... ¿A cuál de todas las cosas te referís? ¿Al robot? ¿Al organismo que el robot dice haber creado? ¿Al cráter? ¿Al sol que aparentemente existe aunque nunca sale y sólo vemos su luz reflejada en los satélites, las lunas?

—No. Me refiero al robot. Al robot aparentemente increado o, lo que es lo mismo, eterno, que ha creado con su inteligencia una especie orgánica.

—Sí... Es increíble. Y paradójico. Pero..., ¿y si las cosas no fueran así? Como buenos científicos deberíamos investigar todo esto. Por ahí... Mirá, te voy a plantear una situación.

—A ver...

—Supongamos que un organismo biológico, muchísimo más inteligente que nosotros, logra crear un robot con aún más inteligencia que la nuestra, aunque menos, por supuesto, que la de ellos, ¿me seguís?

—Sí.

—Bueno, imaginá ahora que cierto día se produce un encuentro entre ellos y un ser inferior a ellos —tanto a los organismos biológicos inteligentes como a los robots—; ¿qué pasaría en ese caso?

Ernesto empezó a decir algo, pero enseguida agitó la cabeza, se calló, y me dijo que no sabía.

—Lo que pasaría —continué yo— es que el organismo inferior no tendría forma de reconocer al robot más que como un ser autónomo, inteligente, independiente de cualquier otra cosa.

No tendría herramientas, no tendría forma de darse cuenta de si ese robot es una creación de un organismo o no, ¿me entendés? ¿Entendés la analogía?

—Sí, es una teoría interesante. Pero lo que más me preocupa a mí es que, si fuera cierto lo que nos dijo el robot, tendríamos que cambiar toda nuestra manera de entender el universo, la vida. Tendríamos que asumir miles de años de errores... Y quizá eso, más que el silogismo científico, el análisis, va a ser el principal impedimento para no aceptarlo.

—Puede ser... Pero es absurdo. Me cuesta creer que la naturaleza ha hecho de la nada un robot. Sólo un ser inteligente podría crearlo y...

—Y quizá la naturaleza es diferente acá..., quizá tiene inteligencia, quizá...

Pero en ese momento la puerta se abrió y Ernesto tuvo que callarse. Había llegado el psicólogo, y tras él venían los demás. Todos fueron entrando en fila y, como si fueran máquinas, no hombres, o como si las regularidades del planeta ya hubiesen ejercido su influencia sobre ellos, empezaron a repetir todos la misma acción: dejaban su traje sobre los baúles, se sonaban el cuello y después, uno tras otro, se iban acomodando en la gomaespuma. Recuerdo que en ese momento me dio la sensación de que nuestra naturaleza no difería demasiado de la de un autómatas.

Cuando terminaron por fin de entrar y de hacer sus rituales, les pregunté qué había pasado, por qué habían salido todos juntos, pero nadie me contestaba. Nadie se hacía cargo de las

preguntas. Miraban para otro lado, como cuando uno ve a la policía al costado de una ruta espacial y enseguida saca de ellos los ojos, porque sabe que, de mirarlos, tendría más posibilidades de ser parado, interrogado.

Decidí entonces esperar a que alguien me mirara, y después volví a repetir la pregunta. Esta vez con mejores resultados.

—No salimos juntos —respondió el psicólogo, sentado en la gomaespuma, estirando los pies—. Digamos que... nos encontramos en el camino. Es medio complicado de explicar. Pero..., a pesar de haber salido en diferentes direcciones, en algunos casos opuestas, nos encontramos todos en un punto, junto a una montaña de rocas muy parecida a la que hay acá afuera.

En otra circunstancia no le hubiese creído, pero ahora lo daba por hecho. Sólo había algo que no me terminaba de convencer, y era la presencia de los técnicos, que deberían haberse quedado en la nave. Se lo pregunté al psicólogo y él intentó responder; luego se detuvo dubitativo y después habló de nuevo.

—Los técnicos nunca salieron —dijo—. Ellos dicen que estaban acá, que un momento se quedaron dormidos y que, de pronto, se vieron caminando hacia la montaña de rocas... para encontrarse con nosotros.

—Excusa demasiado pueril para ser falsa —comentó Ernesto.

—Estoy de acuerdo —dije yo—. A nosotros también nos pasaron cosas extrañas. Pero lo más importante es que vimos al famoso robot que andábamos buscando.

—¿Le pidieron un autógrafo? —bromeó uno de los técnicos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Alexander, el especialista en robótica.

—Nada —le dije—. Estuvimos hablando de filosofía y... todo lo que dijo Ricardo aparentemente es cierto.

—¡Ricardo! —repitió Ernesto, levantándose de un saltó—. Yo sabía que nos olvidábamos de algo... ¿Alguien lo vio?

—No —respondió el psicólogo, que ya parecía haber asumido el papel de vocero—. Pero creo que nadie se olvidó de él. Justamente, iba a proponer que mañana saliéramos a buscarlo. ¿Qué les parece?

—Me parece mal —dije yo, y todo el mundo me clavó los ojos—: salgamos a buscarlo ahora mismo; ¿por qué esperar hasta mañana?

7

Cuando salimos, Alexander volvió a armar los grupos, pero esta vez no fue tan riguroso con los rumbos que debíamos seguir, acaso porque, cualquiera que fuera la dirección que tomáramos, en algún momento tal vez nos encontraríamos todos en un mismo punto, seguramente junto a rocas dispersas. A mí me tocó otra vez con Ernesto —en realidad, los grupos fueron los mismos que antes— y, en esta ocasión, nos asignaron el Norte.

Empezamos a caminar. El cielo dejaba ver millares de estrellas y satélites resplandecientes, que denotaban la presencia de un sol poderoso. Si en ese momento hubiese contado todas las estrellas y satélites, seguramente

me habría encontrado con algún tipo de regularidad, porque parecían tener un orden, respetar una distancia. Pero no había tiempo para contar. Estábamos en un lugar que en cualquier momento podría sorprendernos y, si nos abstraíamos por un instante de la realidad, quizá después no podríamos volver más a ella. Es decir, para seguir con vida debíamos olvidarnos por un rato de nuestra esencia, de nuestra capacidad de simbolizar, metamorfosearnos como un pulpo, y después volver a nuestra forma original.

Ernesto iba delante de mí, como antes. Caminaba como un animal herido que teme la presencia sorpresiva de algún depredador, aunque se esforzaba para disimularlo. En un momento me dieron ganas de asustarlo, de agarrarlo de pronto por la espalda, pero me contuve, porque sospechaba que era vengativo y a la noche tendría que dormir cerca de él y quería descansar tranquilo.

El planeta era bastante grande y encontrar a Ricardo así, usando apenas nuestros ojos, sin tecnología alguna, iba a ser un trabajo chino. Pero había que intentarlo. Si nos encontrábamos de nuevo con el robot, lo primero sería preguntar por él —lo que, naturalmente, era una obviedad; pero había que tenerlo presente, porque la sorpresa a veces suele borrar las prioridades—.

A todo esto, ya habíamos hecho —según nuestro reloj— más de tres kilómetros. Todavía no se veía nada. El cielo se empezaba a poner oscuro y le tuvimos que dar más potencia a nuestras linternas. Caminábamos cada vez con más lentitud. En un momento,

Ernesto dijo que quizá lo mejor era volver a la nave y partir con ella hacia otro punto del planeta, porque ahí no había nada. Pero yo le dije que camináramos un poco más; tal vez encontraríamos algo. La vez anterior tampoco veíamos nada, y de pronto de la nada había surgido un robot, un cráter inteligente, un animal orgánico. Además, todavía no conocíamos mucho sobre Caamán, pero —por lo visto hasta el momento— era improbable que hubiese un lugar en el planeta parecido a lo que nosotros llamamos ciudades. Ahí había otra lógica. Sus nativos eran robots y, sin embargo, la tecnología parecía estar ausente; paradójicamente, todo era natural o, al menos, guardaba una armonía oriental con la naturaleza.

Seguimos caminando. Cada paso que dábamos ya nos exigía un gran esfuerzo. Y ya estábamos a punto de volver cuando, de pronto, vimos una casilla de metal con forma de triángulo doscientos o trescientos metros más adelante, y empezamos a percibir una melodía psicodélica que parecía expresar a la perfección el ambiente caamánico.

Nos acercamos lentamente —dado el cansancio, no hubiéramos podido hacerlo de otra forma— y, cien metros antes de llegar, percibimos que el triángulo estaba formado por diez puntos y que, en el vértice superior, había una especie de cartel que tenía dibujado el número diez.

Nos detuvimos. Mi cabeza empezó a hilvanar de pronto una idea.

—*Tetraktys* —dije, y Ernesto me miró casi como se mira a los locos—. *Tetraktys* —repetí—. Es un símbolo

pitagórico, representado por el número diez: el número capital, perfecto. Quizá la suma de todas las posibilidades geométricas del universo. Sobre ese símbolo debía jurar todo aquel que quisiera ingresar a la secta pitagórica. Es casi sagrado. Uno más dos, más tres, más cuatro y, además, uno más cero: el sistema binario.

—Bueno, por lo menos eso tiene un poco de lógica: la religión de un robot nativo debía estar relacionada con el número.

—Exacto. Y, ahora que lo pienso, la música...

—¿Qué? ¿Qué hay con la música?

—Nada. Que para los pitagóricos también era muy importante. Aunque no tanto como los números. Pero, ¿por qué mejor no nos acercamos?... Es extraño que Ricardo, en su informe, no nos haya hablado sobre esto.

—Ni sobre esos seres orgánicos tampoco. Pero ahora no importa; vamos.

Cuando llegamos, percibimos que la pirámide era casi perfecta, si no perfecta; tenía bien marcados los diez puntos en cada uno de sus vértices y costados y, en el centro, había una puerta, también triangular, de la que sobresalía una especie de manija. Intenté abrirla. Ernesto me detuvo.

—Esperá —me dijo—. ¿Y si pasa algo? ¿Por qué no vamos a buscar primero a los demás?...

—¿Tenés miedo?

Ernesto me miró como si le hubiese herido el orgullo.

—¿Miedo? ¿Desde cuándo le llamás miedo a la prudencia? Mirá, si querés abrirla, abrila. Pero, eso sí,

después hacete cargo vos... de lo que sea.

—Muy bien.

Entonces giré la manija, abrí y eché un vistazo. La pirámide parecía estar vacía. Enfoqué con la linterna en su interior, pero nada. No había nada. Y no podía ser que no hubiera nada, así que entré. De ahí en más no recuerdo casi nada. Sólo una luz intensa, cuyo color no podría precisar, y un despertar amargo en la gomaespuma de la nave.

8

A mi alrededor había un montón de cabezas curiosas que se estiraban para verme —para ver no sé qué, en realidad—. Intenté incorporarme de un salto, pero alguien me puso la mano sobre el hombro y me volvió a acostar. De pronto me pareció recordar algo; un fragmento del sueño que, se supone, había tenido. Lo vi, entonces, a Ricardo. Estaba junto a mí en un espacio que de espacio tenía poco, porque a nuestro alrededor no había nada y todo era una oscuridad pegajosa y espesa en la que se podía caminar en cualquier dirección. Le pregunté dónde estábamos; de repente fui otra vez un niño y le dije, casi llorando, que el lugar no me gustaba y que teníamos que regresar a casa. Él no me contestaba. Parecía manipular con sus manos y con sus pies un objeto inexistente; sus ojos cambiaban de color y, en un momento, fueron completamente blancos. Entonces de su boca se empezaron a desprender

palabras y expresiones cuyos grafemas se incrustaron en el espacio —era posible verlos—, y de lo que sólo recuerdo varios fragmentos sueltos: *Tetraktys, espacio virtual, proyecto de robots, salto evolutivo, abandonar, materialidad caamánica por espacio virtual Tetraktys, cambio un solo lugar por estar en todas partes.*

Me quedé en la cama un rato más —la mano del psicólogo, de todos modos, no me hubiese dejado levantar—, cerré los ojos para intentar recordar con más precisión, pero no hubo caso. Lo único que podía recordar eran esas palabras sueltas y, si no las anotaba, las olvidaría también. De modo que abrí los ojos e intenté incorporarme, aunque sin salir de la gomaespuma.

—Ya podés soltarme —le dije al psicólogo—. No me voy a ir a ningún lado. ¿Qué pasó?

—Nos tenemos que ir —respondió él—: el planeta se está borrando, está desapareciendo de...

—¿Eh? ¿Cómo desapareciendo?

—Desapareciendo, desintegrándose. —El psicólogo no encontraba las palabras con qué expresar lo que estaba sucediendo, acaso porque no las había, simplemente.

Frente a mí había caras de espanto que corroboraban lo que me estaba diciendo. Ernesto estaba allá atrás, tomándose la cabeza. En la cabina de mando se vislumbraba la sombra de los técnicos trabajando denodadamente. El piloto principal corría de un lado a otro y le daba órdenes a todo el mundo. Augusto, el físico, estaba sentado con la cabeza gacha, como los que aceptan una derrota.

Cuando el psicólogo y quienes estaban con él se distrajeron, me levanté y me acerqué hasta los visores. Efectivamente, a lo lejos se veía al planeta desintegrándose de a poco. Era como un fuego silencioso que se iba comiendo los bordes. En una o dos horas más no quedaría nada. Quizá ni rastros. Como si hubiese sido un sueño colectivo. Un delirio colectivo, de esos que se pusieron de moda hace no mucho tiempo. Aunque..., ojalá hubiese sido eso. Por desgracia, todo lo que nos pasó es real y está documentado. El delirio, en todo caso, vino después.

9

La crónica que hace Alexander de los últimos momentos en Caamán no es del todo exacta. Máxime en aquellos pasajes en los que aparezco yo “temblando de miedo”, “casi a punto de llorar”, o “padeciendo convulsiones extrañas”. En realidad, reconozco que en varios instantes me sentí mal y que alguna convulsión habré tenido, pero no soy esa figura pueril y miedosa que se construye en la crónica. Al contrario, en muchos momentos tuve que ser yo el que tuvo que contener a los demás, calmarlos. Pero no importa.

Recuerdo que cuando la nave se puso por fin en marcha —después de aterradoreos intentos fallidos— y estuvimos a salvo, Ernesto se acercó hasta mí; primero me preguntó si estaba bien y, luego, al decirle yo que sí, me dijo entonces que era un “bo-

ludo". "Un reverendo boludo", mejor dicho. Y que seguramente todo esto no hubiese sucedido de no haber abierto la puerta. Que escapamos de milagro y que finalmente no pudimos lograr ninguno de los objetivos que nos habíamos planteado al principio. ¿Qué le íbamos a decir ahora al gobierno? ¿Cómo justificaríamos el costo exorbitante del viaje? Sus únicas preocupaciones parecían ser burocráticas. Acabábamos de conocer un mundo que acaso marcaría un giro revolucionario en la historia del hombre, y a él sólo le preocupaba lo que podrían pensar ciertos efímeros señores de traje.

—Al gobierno —le dije, pura retórica— no le interesa la ciencia. Su política es la de dar grandes noticias, la de la construcción de grandes relatos... para que la gente se entretenga. Y nosotros, en ese sentido, tenemos una materia prima muy buena.

Ernesto pareció esbozar un ataque verbal, pero finalmente se contuvo.

—En realidad —continué yo—, acá no vinimos a hacer ciencia, sino *show*, espectáculo. No somos más que *freaks* un poco más cultivados que los demás. La lógica del espectáculo lo abarca todo... y ya nos ha comido a nosotros también, desde hace rato. Lo mismo que el número. Porque, si te ponés a pensar, todo en nuestro planeta es intercambiable por un número, y también desde hace rato: un reloj equivale a un número; un transmisor de mucha o poca potencia, equivale a un número; una nave equivale a un número; una mujer, en muchos casos, también equivale a un número; vos, de hecho,

tenés el número un millón quinientos diecisiete mil en tu espalda, y la libreta que te da identidad está llena de números, porque el número nos gobierna hace rato, mi amigo. Un crimen no es más que una operación matemática. Lo que se dice vida ya dejó de existir hace tiempo.

Ernesto dirigió su vista hacia el exterior y, cuando me volvió a mirar, pareció gesticular un pequeño "sí" con la cabeza. En las afueras, el fuego ya se había comido todo Caamán y ahora estábamos flotando en una negrura pampeana, interminable. Habíamos pasado de un peligro mortal a una calma absoluta, sin fisuras. La nave era apenas una piedra en un desierto. En un desierto sin desierto. O como si el desierto se hubiese ido y hubiera quedado sólo la piedra, sólo la piedra soportando la carga de tener que referirse metonímicamente a todo un desierto. Para colmo, la comunicación con la Tierra se tornó defectuosa y, en un momento, se interrumpió por completo. Quizá era un augurio. Creo que para algunos lo fue, por desgracia.

10

El materialismo dialéctico e histórico (perdón por la referencia; disculpen los conservadores) sostenía que cada objeto contiene en sí el germen de su aniquilación: la esclavitud contuvo el germen malicioso del feudalismo, éste del capitalismo y... éste del socialismo. Es decir, las cosas cambian porque cada una tiene adentro aquello que la va a destruir. Quizá el hombre no

escape a esa lógica. Pero, en todo caso, nunca lo sabremos; a veces ocurren contingencias, eventos extraordinarios que nos devuelven a la anarquía, al desorden, y acaso también a la muerte. Después de todo, tal vez no éramos el último bastión del Absoluto hegeliano (disculpen los comunistas); tal vez la Idea no es aún del todo autoconsciente y necesite cambiar de piel, como las víboras. Pero no es mi intención dejar moraleja alguna —y menos una moraleja metafísica—, en parte porque no hay nada que enseñar, y en parte porque quizá pronto ni siquiera habrá nadie a quien enseñarle.

El plan de los robots, finalmente, era mucho más abarcativo de lo que creímos en un principio. El universo se está modificando de a poco; la materia está desapareciendo; en nuestra galaxia —si uno mira para arriba puede verlo— han irrumpido fenómenos nuevos. Prodigios agradables, por cierto, a la vista; muy lindos, pero sólo desde lejos.

Tetraktys —el número perfecto de la gramática robótica, que también fue el nombre de un proyecto, y quizá sea... todo— está avanzando con una celebridad incomprensible, y acaso pronto nos alcance y seamos también parte de él. Nadie podría decir aún cómo va a ser el universo después de esto. Ni siquiera si va a continuar siendo algo. En este momento me siento como los naufragos que caían de pronto en una

isla y escribían cosas que guardaban en una botella y lanzaban al mar, con la torpe esperanza de que alguien algún día lo leyera. La escritura los salvaba de la locura; los abstraía del pensamiento situacional que hubieran tenido. A mí siempre me dieron curiosidad. Ahora soy uno de ellos. Somos muchos, mejor dicho. Y la isla es la Tierra; a sus orillas se presiente el *tsunami*.

En muchos lugares ya se han cavado túneles, y la gente que tiene sótanos se esconde en ellos, como el niño que se cubre por completo con la sábana para que de ese modo no lo ataquen los monstruos. En las situaciones límite el pensamiento suele volverse primitivo. Antes recurrían a Dios. Ahora lamentan haberlo matado y quieren resucitarlo de alguna manera. Yo prefiero sentarme en esta roca y escribir. En realidad, cualquier cosa que hagamos nos convierte en ilusos: escribir, esconderse, construir y ensayar defensas, suicidarnos, imitar la valentía de los enfermos terminales que viven lo que les queda con la mayor intensidad posible, y un largo etcétera del que no podemos escapar; las ficciones del lenguaje se desvanecieron de pronto. Sólo nos resta esperar. Interpretar todo como una ficción. Como una ficción que acaso algún día será escrita por alguien, cuando nosotros no estemos.

© GONZALO SANTOS, 2012.

GONZALO SANTOS
(Argentina —Lanús, Buenos Aires, 1984—)

Actualmente reside en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, y es profesor de Lengua y Literatura. En **NM** publicó "El hombre que dijo haber estado en el futuro" (# 21) y "El in-forme de Lázaro" (# 24).

EVA

CHINCHIYA P. ARRAKENA

A Eva le estallaba la cabeza. No; “estallar” no era la palabra, ya que, si estallaba, por lo menos terminaría aquella reunión. ¿De quién había sido la idea? ¡Ah!, sí; de Carla. Y ella no había podido decirle que no.

—¡Hace tanto que no nos juntamos! Hacemos alguna pavada, y charlamos, ¿qué te parece? —le había dicho.

¡Claro! Hacer alguna “pavada” de comida para diez personas, y tener la casa impecable. Para Carla no era problema; no era su casa, sino la de Eva.

Ahora sentía ese rítmico martillar en sus sienes que le indicaba el paso hacia algo peor. En realidad, no podía ser peor que la charla del marido de Patricia, que siempre tapaba a los demás hablando de sí mismo y de sus logros. “Eugenio, el genio”, le decían irónicamente a sus espaldas.

Y es que de genio no tenía nada; había heredado bastante dinero, y vivía alardeando de que había hecho buenas inversiones.

Luego estaban Julia y Leandro, Marcela y Pablo. Esos cuatro eran inseparables y, no importaba el ambiente, la pasaban bien.

—¿Más postre, chicos? —Ellos aceptaron acercando los platos. Lo mismo daba que hubieran ido a un restaurante japonés o a la casa de Eva; todo el tiempo reían y tenían que explicar resignadamente al resto cuál era el chiste.

Eva sintió que su cabeza se hinchara, que el dolor en el hemisferio izquierdo se expandía; una poderosa estaca le atravesaba el ojo y salía por su nuca. Miró a su marido, como pidiéndole piedad, pero Javier estaba conversando con Eugenio y Jorge, el novio de Carla. ¿De qué hablaban?

¿Otra vez de ese estúpido programa de televisión? Y Carla los observaba fascinada.

Se sintió mareada. Comenzó a sudar frío. Tomó la mesa con las palmas para abajo, en un intento de purgar por sus dedos crispados ese dolor que la invadía. Luego se presionó el pómulo y la ceja izquierdos. La jaqueca no cedía y ya le invadía la mitad de la cara.

—¿Quieren un cafecito? —dijo, levantándose con mucho cuidado. Patricia murmuró algo como “te acompaño” y se levantó con ella, mientras los demás asentían distraídamente.

Eva caminó, sintiendo cada paso como un golpe en su cabeza. “¡Pero si no tomé alcohol!”, pensaba, repasando su día para descubrir la causa de semejante tortura. En la cocina creyó que iba a desmayarse. Se mojó la cara y vio su reflejo en el vidrio de la ventana. “¡Dios mío! ¡Parezco un cadáver!”, pensó, con las manos tomándose las mejillas. Volteó para encaminarse al baño y tropezó con Patricia, que tenía una cara triste y la mirada de quien va a hacer una confesión.

—Te ayudo con el café. —Luego de un par de segundos prosiguió—. Te quería contar que Eugenio y yo estamos separándonos... Supongo que no te lo imaginabas... Bueno, quería contártelo porque creo que del grupo de la oficina siempre fuiste con la que mejor me llevé... —Y siguió narrando su historia, llena de titubeos, con los ojos húmedos y tragando saliva a cada rato.

Eva ya no podía escuchar más. No entendía por qué la elegía de con-

fidente y, a decir verdad, le importaba muy poco; empezó a sentir náuseas. Tomó a Patricia por los hombros y con una sonrisa ínfima le susurró:

—Te encargo el café.

Patricia le devolvió un gesto de alivio y agradecimiento, que Eva no pudo comprender.

Salió de la cocina, y con paso decidido atravesó el pasillo donde se encontraba el baño...

...y se dirigió a la sala.

Llegó a la puerta.

Observó a todos, uno por uno.

Ellos dejaron de conversar y la miraron.

Eva abrió la boca.

Su cabeza comenzó a agrandarse y sus manos a convertirse en garras y de su espalda brotaron unas verdes alas viscosas y su estatura llegaba ya a los tres metros.

Su boca, transformada en unas fauces gigantescas, produjo un rugido que rompió todos los vidrios y las copas. Patricia, que en ese momento entraba con el café, dejó caer todo de la bandeja. Un inmenso y furioso dragón amenazaba a todos, con unos ojos dorados cuya mirada los paralizaba de pavor. Los cuatro amigos se tomaron de la mano, poniéndose de pie. Carla y su novio se abrazaron; Eugenio y Javier sostuvieron una silla como para defenderse. De la garganta del dragón emanaba todavía un ruido sordo, un ronroneo aterrador. Entonces su nariz echó una llamarada que barrió con todo lo que estaba a la vista.

—¿¡Porrrr qué no se van todos a la mierrrda!? —dijo con su profunda voz de monstruo.

Mientras las llamas invadían la sala, los invitados empezaron a correr huyendo como animales en estampida, y Javier, en un rincón, intentaba protegerse del fuego, como por instinto, con las manos...

¡Noc, noc!

—Amor, ¿estás bien? —se oyó la voz de Javier desde el otro lado de la puerta del baño—. Ya terminamos de tomar el café; se van nuestros amigos, quieren despedirse.

Eva volvió de su ensoñación dando un gran suspiro.

—Dame dos segundos; ya estoy.

—Se maquilló para disimular las oje-

ras y salió. Saludó a todos con su mejor sonrisa. Luego juntó las tazas vacías, los platos sucios y no soportó su tintineo como para ponerse a lavar.

Se lavó los dientes con movimientos lentos y cuidadosos para que no le repercutieran en la cabeza. Ya en el cuarto, se cambió con la misma parsimonia y se metió en la cama.

—¿Y, mi amor? La pasamos bien, al final. ¿Viste que no fue tan malo? —le dijo Javier acariciándole el pelo a Eva.

Ella, en silencio, apagó la luz.

© CHINCHIYA P. ARRAKENA, 2012.



CHINCHIYA P. ARRAKENA (JUANA INÉS GALLEGO SAGASTUME)
(Argentina —La Plata, Buenos Aires—)

Ingeniera electrónica, los primeros años de su vida los pasó en Campinas (Brasil).

Docente en la Universidad Nacional de La Plata, en **NM** publicó “El encanto de un planeta” (# 25).

Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos
donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS

LOS DEMONIOS EN LA CUEVA

DANIEL GONZÁLEZ

El sol apareció triunfalmente por las montañas de Bayan DasKara Ula, en las inescrutables cordilleras del Tíbet. El verano estaba en su esplendor y las tupidas nieves no cubrían aún las áreas bajas esteparias aledañas al complejo montañoso que, sin embargo, siempre eran ventosas.

Eran tiempos muy primitivos, hace más de doce mil años, cuando una humilde tribu de recolectores de cabello negro, ojos achinados y piel amarilla se dedicaba a sus faenas pacíficamente. Vivían en chozas, vestían harapos de piel de yak y se contentaban con extraer agua y peces del río junto al cual convivía armónicamente una docena de familias primitivas con niños pequeños que jugueteaban desnudos.

Pero la noche anterior el sueño de Hai, la matriarca, había sido intranquilo. Soñó con un torrencial monzón de san-

gre que tenía de rojo el plácido río del que extraían su sustento. Los espíritus le habían comunicado que la tragedia era inminente y que un enemigo cruel se aproximaba. Pero Hai no podía hacer mucho para impedirlo.

La anciana se levantó inquieta y salió de su tienda, que era la mayor del campamento. Allí observó a su nieta, Li, la hija del medio y la más hermosa e inteligente de todas. Ya era una mujer en todo su esplendor y no le faltaban los múltiples pretendientes que rechazaba concienzudamente, pues aspiraba emular los pasos de su abuela y convertirse en la matriarca de la tribu.

Li se percató de que estaba siendo observada mientras destripaba con un primitivo cuchillo de lasca algunos peces recién atrapados por una red a orillas del río. Miró hacia su abuela que medio emergía de la tienda y le

sonrió. El traje de lana de yak apenas le cubría el esbelto cuerpo, dejando al descubierto sus piernas y brazos.

Mientras, el repicar de cascos de caballo resonaba por las gélidas llanuras tibetanas. Una violenta horda de brutales hombres se aproximaba irrefrenable. La salvaje hueste era de unos treinta sujetos; sus pómulos abultados y los ojos rasgados denotaban que estaban emparentados con la tribu de Li, pero la piel ceniza y el cabello crespo revelaban una mezcla amorfa de sangres extranjeras.

Sucios por las largas jornadas cabalgando entre las áridas estepas siberianas llegaron finalmente, poseídos por el hambre y la lujuria, hasta las inmediaciones de la tribu y, tras que su líder (un tipo aguerrido y musculoso que tenía un afilado bigote y una barba demoníaca) inspeccionó bien el área y comprobó la vulnerabilidad de los moradores, dio la orden para el ataque.

Y en efecto, la paz de la tribu fue perturbada para siempre. Las lanzas tiradas por los invasores asesinaron a cientos de hombres y mujeres. Las antorchas que usaron incendiaron sus tiendas y sembraron el terror entre los inofensivos aldeanos.

Para cuando finalizaron, una humareda era todo lo que quedaba de la aldea y un montón de cuerpos ensangrentados apilados en el río servía de morbosos recordatorio de la masacre. Los invasores tomaron a los pocos sobrevivientes, mayormente mujeres jóvenes y niños, como sus esclavos y los ataron fuertemente con cuerdas groseras y rasposas como a animales.

De entre los sobrevivientes estaba Li, quien lloraba desconsolada, pues toda su familia, incluyendo a su abuela —que murió calcinada—, había sido aniquilada. Mientras sollozaba, el líder de los sanguinarios asesinos la tomó por el cabello y la hizo levantar de un golpe.

Luego, sin soltarle la cabellera, la miró de frente y le tocó el cuerpo con la otra mano mostrando una lasciva sonrisa displicente.

Justo entonces, Li extrajo de entre sus ropajes el cuchillo de piedra que usó hacía unos momentos para eviscerar peces y se lo clavó en el estómago al cabecilla. Éste, con rostro sorprendido, se retorció de dolor y liberó a la muchacha, que corrió como el diablo lejos de los asesinos de su familia.

Se internó en la boscosa arboleda a toda velocidad, a sabiendas de que sería perseguida por los hombres que querrían vengar a su líder. Pero ella conocía esos bosques como la palma de su mano y ellos no, así que mientras se hundía más y más en las inhóspitas montañas, y se internaba en sus nevadas cimas, ponía más y más distancia entre ella y sus perseguidores.

Después de un recorrido épico, Li se detuvo exhausta. No tenía comida ni agua y ya había anochecido. Sabía bien que toda clase de peligros acechaban en la noche como eran las fieras, los lobos y los yetis. Incapaz de sobrevivir el frío nocturno a la intemperie, decidió aventurarse en las entrañas de un extraño complejo de cuevas.

Tal como su finada abuela le había enseñado, lo primero que hizo fue encender fuego, que utilizó como

antorcha para explorar las cavernas. No encontró rastro alguno de ninguna forma de vida, así que, tras crear una fogata y un lecho de plantas, se recostó.

Pero no por mucho tiempo...

Mientras dormía, siempre alerta y “con un ojo abierto” —como diríamos hoy—, sintió la presencia de pasos merodeando en las afueras. Temerosa de que fueran los bandoleros que atacaron a su tribu, se levantó de inmediato, apagó la fogata —salvo por una antorcha— y se ocultó tras una pared de piedra.

Pero las siniestras siluetas que observó a través de boca de la cueva no eran humanas...

Aterrorizada, comprobó que quienes caminaban por fuera de su refugio tenían un cuerpo deforme y retorcido. Su aspecto y figura eran repugnantes.

Tembló al imaginar cómo sería encontrarse con esos monstruos de frente y se arrellanó más tras la pared. Debía de tratarse de demonios o duendes, o quizá de muertos vivientes, pues su aspecto raquítico y cabezón asemejaba el de un cadáver esquelético.

Mientras se ocultaba tras la pared escuchó el sonido de pasos internándose en su cueva. Presa del pánico sopló la antorcha, apagándola, y se estremeció de pavor, retrocediendo hasta pegar la espalda contra el otro extremo de la gruta. Hubiera podido atravesar la pared de piedra, de ser eso posible. Más se horrorizó cuando las sombras siniestras parecieron acercarse y una mano huesuda de piel verde macilenta se asomó por la pared y colocó sus dedos en el borde...

No soportó más y perdió el conocimiento.

Los bandoleros no habían desistido de su esfuerzo por encontrar a la muchacha y vengar a su jefe y, mientras una pareja se quedaba custodiando a los víveres y esclavos recién recopilados, el resto se dio a la tarea de rastrear a la muchacha entre las áreas montañosas pero, cansados de la persecución, encendieron una fogata y acamparon.

Para cuando Li despertó, estaba en una de las lóbregas cuevas del complejo cavernoso, pero no sola, pues —para su espanto— se encontraba rodeada de criaturas monstruosas.

Emitió un alarido que resonó sonoramente entre las montañas. Los ecos de las escarpas y las cuevas llevaron el gemido, convertido en una lejana sombra de lo que fue, hasta oídos de los saqueadores, quienes sonrieron y se pusieron de pie en busca de su presa.

La compañía de Li era genuinamente repulsiva, al menos para ella; eran enanos que medían entre metro cincuenta y metro sesenta y cinco, de piel verdosa, cuatro brazos y tres ojos (uno de ellos en la frente) y de cabellos negros. Había una docena, de ambos sexos, y vestían unos trajes elásticos azules. Se iluminaban de una manera sobrenatural mediante una extraña esfera que producía más luz que una fogata, sin generar calor.

Aunque aterrada inicialmente, los seres le hicieron entender, mediante lenguaje de señas, que no preten-

dían lastimarla y Li, finalmente, se calmó un poco.

Las criaturas comenzaron a dialogar entre sí en una lengua totalmente ininteligible para Li. Además, los alienígenas mostraban tan pocas emociones y se comportaban de manera tan fría y cerebral que era imposible para ella dilucidar sus emociones.

—Ella no debería estar aquí —sentenció Zum, uno de los extranjeros, con la misma entonación mecánica y lacónica de los demás—. Estos entes son muy primitivos y peligrosos. Su comportamiento es impredecible. Es como tener una fiera salvaje.

—La situación requiere un examen de la fauna local —dijo una mujer llamada Fiar—. La avería acontecida en nuestra nave es irreparable y los sistemas de comunicación no son funcionales. Un mensaje transmitido sin un sistema de comunicación hiperespacial tomaría miles de años en llegar a nuestro mundo, y tomaría al menos un siglo en llegar a cualquier base de cualquier civilización tecnológicamente avanzada aliada a nuestro pueblo que pudiera suministrar la ayuda pertinente.

—No perdamos el tiempo en declaraciones tautológicas —regañó Sef, la técnica en sistemas, aunque con la misma carencia de emotividad—. Fiar nos plantea un paradigma lógico. Nuestra situación es ciertamente crítica e irreparable. Por supuesto que, de no habernos aproximado al único planeta habitable en el sector, hubiéramos perecido irremediablemente, pero ahora deberemos aprender a sobrevivir en este planeta preindustrial, con sus habitantes salvajes.

—Podríamos aislarnos —sugirió Zum, quien era el ingeniero de la nave y prefería confiar en la tecnología—. La nave, aunque inservible, todavía puede ayudarnos a mantener el calor en el clima frío de este planeta y podríamos crear un jardín hidropónico autosuficiente...

—Tu postura es demasiado limitada a corto plazo —argumentó Fiar, que era socióloga y psicóloga—. Aun en el hipotético caso de que podamos sobrevivir indeterminadamente en nuestra nave, eventualmente requeriremos recreación y otras necesidades psicológicas. Es posible que nos reproduzcamos y nuestras familias deberán adaptarse a vivir en este planeta y extenderse por él.

—Un escenario totalmente improbable —adujo Yor, el más viejo del grupo y astrofísico, que habló por primera vez—, dado que, aun si pudiéramos prosperar en este planeta, los habitantes nos superan en número y son evidentemente hostiles. Además, carecemos de armamento, pues la radiación de rayos gamma que destruyó los sistemas de navegación de nuestra nave, imposibilitándonos el salto al hiperespacio, también destruyó nuestras, de por sí, escasas armas. Y no contamos con recursos para confeccionar nuevas.

—Una motivación más para entender a los aborígenes —arguyó Fiar— y llegar a una coexistencia pacífica o, en su defecto, generar estrategias de defensa y dominación.

Todos coincidieron finalmente con ese razonamiento.

—Llevaremos a la nativa a nuestra nave —declaró Sef—; el labora-

torio funciona y las computadoras no navegacionales están mayormente operativas. Podremos realizarle exámenes genéticos y bioquímicos, así como algunas pruebas psicológicas para medir su inteligencia y sus reacciones. Al ser un individuo no es una muestra representativa, pero...

Las declaraciones de Sef fueron interrumpidas por la súbita llegada a la cueva de unos intrusos inesperados: los bandoleros.

—Mi advertencia fue precisa —reclamó Zum, en una especie de laxo “¡se los dije!”.

Los saqueadores estaban demasiado ocupados masacrando a los infortunados alienígenas como para notar cuando Li escapaba aterrada. En pocos momentos, los brutales hombres ultimaron a los pacíficos visitantes del espacio con saña feroz, por el único crimen de ser diferentes e incomprensibles para ellos, y derramaron su sangre —de tono púrpura— en las paredes y pisos de la cueva. Luego partieron del lugar, satisfechos por haber librado al mundo de un grupo de demonios.

Li se ocultó entre los ramajes de unos arbustos para no ser detectada por los asesinos que celebraban su bravura “heroica” de la que presumirían por décadas, exagerando —claro está— las dimensiones de los monstruos.

De entre la caverna, sin embargo, emergió poco después el único sobreviviente, Zum, quien cubría una profunda herida sangrante en su vientre. Una vez que se cercioró de que los hombres habían partido olvi-

dándose de ella, Li se aproximó a brindarle ayuda al duende y lo sostuvo, pasándose uno de los brazos derechos de él por sobre su cuello.

Él le dio indicaciones para que lo llevara hasta una hondonada cercana. Allí se encontraba el lugar donde la nave había realizado un aterrizaje forzoso. Era un armatoste con forma de disco que había destruido la arboleda local y provocado una estela de devastación, al arrastrar tierra y escombros desde la cúspide de una montaña hasta la hondonada.

Allí una puerta plegable se abrió, permitiendo entrar a Zum y a Li.

En el interior se encontraba una compleja estructura tecnológica repleta de consolas de computadora, sistemas de navegación inservibles y equipo de laboratorio.

—Mi pueblo —dijo Zum, aunque sabía que ella no le entendía— tiene la más avanzada tecnología médica de la galaxia, ¿sabías? Personas de todos los planetas viajan a mi mundo a sanarse. Por cierto, mi planeta se llama Polaris VI y gira en torno a esa estrella brillante que se ve por allá —dijo, señalando una estrella muy brillante del firmamento. Li la siguió con la mirada y comprendió que era el lugar de origen de estos seres, o eso creyó Zum. En pocos momentos se curó gracias al suturador quirúrgico automático que tenía guardado en el botiquín y que sellaba las heridas, cauterizándolas indoloramente con un láser. No dolía, pero dejaba cierto ardor en la piel.

—¿Sabes? Nosotros, los polari, somos una civilización totalmente dedicada a la ciencia y la razón. Nunca

tuvimos creencias sobrenaturales o espirituales, ni siquiera en nuestro más primitivo origen, aunque con el paso del tiempo algunos filósofos heterodoxos comenzaron a tener ideas seudocientíficas y metafísicas que fueron duramente reprimidas por las autoridades. Es curioso; siempre pensamos que lo normal era que una civilización fuera racional al principio y que con el paso del tiempo degenerara, creando ideas supersticiosas y religiosas, pero hemos descubierto que no, que en realidad la mayoría de las culturas empiezan generando pensamientos irracionales y gradualmente evolucionan hacia la racionalidad. Algún día aun ustedes llegarán a eso —dijo, mientras tomaba unos medicamentos que lo reanimaron rápidamente—. Me imagino que por esta región del mundo podrían surgir leyendas de dioses y demonios con cuatro brazos y tres ojos basados en nuestro aspecto.

Li seguía sin entender nada de lo que el extraño le decía, pero el sonido de su voz era agradable.

—¿Quieres alimentarte? ¿Alimento? —dijo, llevando una de sus manos derechas hacia la boca en un gesto que significaba universalmente comer y Li asintió gustosa, así que Zum extrajo algunos de los alimentos que tenían en la despensa

de la nave y que, pensó, le sentarían bien a Li.

—Bueno —continuó Zum—, como es de suponer, los polari no creemos en la vida después de la muerte, como otras culturas, así que siempre hemos sentido que es en nuestros hijos y nuestros logros científicos que nuestro recuerdo sobrevive a la posteridad. Ya no podré tener ningún logro que mi pueblo recuerde, pero quizá pueda hacer algo que me haga sobrevivir a la posteridad. Me salvaste la vida y eso denota cosas muy positivas de tu comportamiento. Teóricamente. Quizá tu especie no sea tan despreciable, después de todo.

Algún tiempo después...

Li se encontraba en la caverna donde meses atrás había observado a los misteriosos demonios y donde se resguardaba de las heladas invernales. Ayudada por una cálida fogata, intentaba mantener a su bebita caliente. La llamó Tara, y algún día sería una diosa muy popular entre tibetanos y otros pueblos, pero —por lo pronto— era sencillamente una frágil bebé que su madre amaba...

A pesar de tener la piel verde. Como su padre.

© DANIEL GONZÁLEZ, 2012.

DANIEL GONZÁLEZ CHAVES
(Costa Rica —San José, 1982—)

Reside en el cantón de Tibás. Publicó la novela de terror *Un grito en las tinieblas: la vida de Zárate Arkham* (EUNED, 2010), así como la novela serial *Algo se oculta en la oscuridad* en la revista **No Lo Leas** (2012), donde continúa con *Crononautas* y *Ravencraft*. También publicó en **Axxón** y **Sci-Fdi** y colabora en varios proyectos de antologías en su país, aún por salir.

EL HOMBRE SIERRA

ÁLVARO VALDERAS

Llegué a aquel pueblo, del que descendía mi familia, desterrado por el Ministerio, al que mis reformas en materia de educación, siempre muy particulares, no habían agradado lo suficiente como para permitirme un año más de instituto. Movieron mi plaza y me emparedaron con una beca de investigación entre cien vecinos y ninguna biblioteca, así que alquilé una casa y me dediqué a vegetar lo que restaba de verano, y a trasladar los papeles que había ido perdiendo en mis últimos destinos hasta la que ya me figuraba retiro y tumba, la tierra de promisión. A medida que habilitaba el desván, con las últimas luces del buen tiempo, todo mi empuje de juventud se fue almacenando en alacenas, o derramando a través de las rendijas del suelo, tablas de madera que crujían con el sonido

de aquellas otras de mi niñez en una casona vieja. Jugué con el recuerdo hasta perder la memoria inmediata y creí estar siendo mi abuelo, monté su propio despacho de abogado allí arriba, repleto de tomos insondables, tan sucios por fuera como los viera yo la primera vez, e instalé su mesa de nogal cerca de la ventana, partí la habitación como estuviera la suya, y miré por la ventana con unos ojos que quizá también le pertenecieran.

No moví el polvo para mejor recrear una atmósfera antigua, y con ella me volvieron imágenes de infancia, mi dormitorio el año que faltó mi hermano, cuando me acostumbé a velar la noche, y casi acababa el otoño cuando me descubrí perdido en un mundo de memoria extraña. Fue entonces cuando comencé a frecuentar por las tardes

el bar cercano y las partidas de cartas, y cuando —sin saberlo— realicé una elección que me ubicaba en el barrio del Puente y me enfrentaba con el de la Estación. Recibido por fin como miembro, abrieron sus pequeños secretos para mí, que los iba alojando dentro indiferente, desde un discernimiento embotado y ajeno, como con la razón dormida, aunque no lo estaba tanto, porque para entonces ya me había dado cuenta de que había extraviado el camino de vuelta a las aulas donde impartía literatura. Nunca podría retomar mi profesión: estaba repitiendo los gestos y gustos de alguien a quien la docencia había maltratado y la odiaba de corazón.

En ese ánimo escuché sus cuantas mientras mi boca contestaba con la sabiduría o tedio de la vejez, en una conversación que sentía lejana y que rara vez asumía como propia. Oculté mis verdaderas reservas en lo más profundo y aquella gente olvidó que acabábamos de conocernos, incluso me entremezclaban en aventuras de hacía muchos años. No me extrañaban, como no se extraña la camilla del salón, el camino a la huerta, las paredes del molino, el vaso por el que siempre hemos bebido.

Y un día me enteré de su pequeña historia de fantasmas, ya que no hay pueblo sin aparecido ni conciencia sin temor; un simple comentario por el que no me atreví a preguntar más de firme: se supone que yo ya lo sabría, ¿o no era de allí? Y tuve que abordar al alcalde durante

un paseo; subimos un par de lomas, despacio, y arriba nos paramos mirando el pueblo, pensando. Entonces le pude preguntar, sin demostrar interés, sin que pareciese tampoco una pregunta.

Era en la mina, naturalmente; en aquel pozo abandonado y condenado, su entrada sellada con apenas unas tablas que no eran sino frontera, más que real impedimento. ¿Quién querría entrar allí, después de todo? ¿Para qué buscaría el hombre monstruo que lo habitaba una salida? ¿Para qué?

Y en las palabras yo fui mi padre joven, esa persona de la que apenas me habían llegado referencias, de la que tan poco sabía y en la que, de una manera casi morbosa, había procurado no pensar, dándolo por eterno, aparecido en este mundo desde siempre y sin más cambios notables que cuantos habíamos vivido juntos. Si es que me había llegado a fijar en ellos, pues a esas edades la sociedad de los adultos, sus decisiones, su poder, se asumen como son; resultan incuestionables.

Y en sus palabras yo fui mi padre; viví por primera vez en él, sentí, me descubrí ante aquel mundo tan impredecible para el que no disponía de soluciones hechas, ante el que debía dar la cara e improvisar (siempre creí que mi padre sabía las respuestas, no imaginé que hubiera podido tener dudas). Aunque él no me lo contó todo, pronto me di cuenta de haber escuchado otros susurros, de haber asistido a la historia desde su comienzo y, en alguna medida,

hasta de haber participado de ella. Mago maldito, su voz me llevó a los rincones del tiempo y conocí los hechos desde el imposible recuerdo. Fui. Aún soy.

Aquí hubo un niño grande —me cuenta—, enorme; desde su nacimiento asombró por el tamaño y por su mano, y por la madre, tan legendaria como desconocida, de quien se decía que había venido de una casa permisiva allá por Asturias, muy maleada, y con su cicatriz disgustó a todos, pero por sus buenas tetas y sus caderas tenía hechizado al padre, un minero tontorrón, medio feo y sin familia, al que nadie quería, tampoco, al que nadie había prestado mayor atención hasta entonces, cuando pasó a ser la comidilla. No era verdaderamente una mano, sino una sierra, con dientes de sierra que eran colmillos de boca, que los movía en hilera mecánica amenazadora, de rugido tremendo. ¿Quién podría jugar con él, arriesgando su integridad? ¿Qué profesor podría estar seguro ante su enfado? Creemos que al padre lo enterraron su esposa y un oscuro amante a la sombra de algún castaño.

De repente, conozco la historia de aquel muchacho como si fuera, al menos en parte, también la mía, pero me parece imposible asumir los sentimientos de tantas personalidades, así que rechazo la idea, interpongo barreras, quedo al margen; por fin la paz. Desde aquel montículo ya sólo escuchaba la voz del anciano, y miraba su dedo señalar como si él nunca hubiese sido mi alcalde, mi primo, ni aquélla la en-

trada de una mina en la que se enterró a sabiendas a un niño grande con brazo de sierra. No había olores reconocibles, ni un pasado común; nada más cuatro jóvenes estúpidos que un día quisieron cruzar la línea para demostrarse más bragados que el resto, con más pares de huevos, y a cuyos familiares hubo que dar la falsa y triste noticia de un derumbe. Ellos no preguntaron más, porque sabían.

Hay cosas en la vida de los pueblos que se aceptan. Por encima del dolor está la tradición, el hogar tremendo de lo inevitable. La rebeldía no es sino un estadio de la inconsciencia, lamentable, espantosamente.

Y adoré los sabores de la cocina de este pueblo, al que estoy tan ligado, del que jamás podré escapar porque comparto su secreto; en el que algún día, pronto, me casaré, y criaré cerdos para hacer la matanza, porque eso me han enseñado, y eso me gusta, y lo deseo, y ésa es mi esperanza por encima de ninguna otra, hasta que tenga un hijo y éste nos abandone, quizá buscando la ciudad, y yo desde la distancia intente (como han hecho conmigo) que regrese a ocupar mi lugar, pues hemos aprendido que los pecados pasan de voz en voz y nos liberan cuando le dejamos a otro la carga. El único que no se detiene y que nos hace variar es el tiempo, aunque eso no importa, porque hay instantes —por encima de la persona, muy por encima de la moral o de la ética— que cuentan por siglos, y nos sentimos eternos mientras

los disfrutamos. Como éste; el aire rozándome el rostro y, a través de los agujeros en las tablas que cierran la entrada a la mina, la imagen pa-

cífica y dulce de la vega al caer la tarde, bañada en oro.

© ÁLVARO VALDERAS, 2012.



ÁLVARO VALDERAS
(España —La Bañeza, León, 1965—)

Filólogo, profesor de universitario y creativo publicitario radicado en Panamá, ha colaborado en más de una treintena revistas, así como con periódicos, radios y canales de televisión. Publicó dos libros de relatos (*Libro de cruentos* y *Bloody Mary*) y una novela (*El oro de Noriega*), y tiene colaboraciones literarias en varios libros. Pertenece al consejo editorial de Editorial Fuga, de Panamá.

	PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante. http://revistaproxima.blogspot.com/	Consígalas en: TAMBIÉN EN: * CLUB DEL COMIC: Montevideo 255, Capital Federal (A 1 cuadra de Av. Corrientes) * ENTELEQUIA Suc. Belgrano Juramento 2584 (a 1 de Av. Cabildo) * LIBRERÍA DE ARTES Y LETRAS Avellaneda 306, Caballito, Capital (Casi esq Campichuelo)
--	--	--

EL ELEMENTO SORPRESA

JOSÉ L. CARRASCO

1

Sabetja rodeó el taburete mientras rascaba su barbilla, con tanta emoción, y tan evidente, que su túnica esmeralda levantaba el vuelo y se doblaba en pliegues graciosos como los de una bailarina. De vez en cuando, Sabetja se detenía, pasaba sus manos pequeñas por el rostro y tiraba hasta que sus arrugas desaparecían, o bien enredaba en rizos sus cabellos de plata. Luego chasqueaba la lengua y volvía a girar alrededor del minúsculo mueble de madera. Esta operación revestía una dificultad práctica innegable, pues las dimensiones del salón y, por añadidura, las de la casa entera, tanto el área como el formato de cada incisión abierta en ella, estaban pensadas para un enano y no para una mujer humana, por mucho que los trescientos años de edad hu-

bieran encorvado ligeramente la verticalidad de sus espaldas. Y un enano era quien se hallaba de pie en el taburete, ataviado con las mejores ropas que la hospitalidad de su raza establecía para los visitantes. Grachensgrurlin —Grachen, para los amigos—, pues ése era su nombre, no faltaba a la etiqueta en tal ocasión, y a la camisa de blanco algodón bordada a mano, pantalón de seda verde oscuro y chaleco puntuado por tres botones de oro, del que asomaba un reloj bañado en el mismo metal, había añadido como detalle final una corbata de motivos heráldicos y atusado sus bigotes con un oloroso fijador. Grachen iba hecho un pincel, y agradecía en correspondencia una conversación cotidiana, una taza de té y quizá algo de música de su violín. No que su vecina le propusiera ir a una batalla entre Colinastruples y Yuria.

—Me preguntaba si tienes planes para el viernes, querido —comentó mientras mojaba una pasta en el té.

—Eso es pasado mañana. No pienso con tanta antelación —respondió, aunque en su fuero interno sólo deseaba tomar sol en el banco de la plaza y alimentar a las palomas. El retiro de un bombero era sagrado y proporcional al esfuerzo de su antiguo oficio en Joya de Colinastriples.

—Pensé que te interesaría apuntarte a la leva. Si haces memoria, recordarás que estamos en guerra y que las huestes de Yuria bordean nuestras fronteras, con propósitos nada amables y unas ideas que nosotros no compartimos sobre su espacio vital.

—Lo sé muy bien. Ayudaré en lo que pueda, como todos los medianos. Menos en el combate. No habrás olvidado que, al jubilarme, el chopo de la entrada era una ramita con una hoja en su extremo. Ahora sólo apago pequeños fuegos, ocasionalmente.

—Pues esto entra en la definición. Si te unieras a la leva...

—¡La leva! —bufó Grachen.

—...recibirías grandes honores.

—¿Para qué quiero honores?

—Mejorarías tu posición social con los beneficios que reportará el país vencido en concepto de reparación de daños.

—Mi posición social es inmejorable, sobre todo cuando me tumbo en la siesta. No necesito más.

—Supongo que también declinarás un surtido de vinos de uva Trigia que guardo en mi casa. Son muy antiguos y los he criado en barricas especiales para ocasiones especiales.

Grachen atravesó con la mirada a la sonriente anciana y extendió los brazos en una perfecta línea recta, y ambos gestos se traducían en “haz conmigo lo que quieras”.

Sabetja obligó al paciente enano a dar más vueltas mientras inspeccionaba su complexión. Con los labios pronunciaba frases que no llegaban a oírse. Meditaba un momento, analizaba de arriba abajo a Grachen, y al fin chasqueaba los dedos y se ponía a observar desde otro ángulo. Su anfitrión la seguía con la vista, desesperado. Ella lo notó y le pellizcó la mejilla como una abuela cariñosa.

—¿Sabes qué es el elemento sorpresa?

—Desde luego. Estoy viviendo un perfecto ejemplo: un invitado que, en lugar de ofrecer una tarta, te trae una orden de reclutamiento.

—No tienes de qué preocuparte. Tu cometido, como la de tus compañeros enanos, no reviste dificultad. Sólo vais a hacer bulto.

—Entonces me llevaré el taburete, porque hasta un arbusto vulgar abulta más que yo.

La mujer le señaló con el dedo y agarró el bastón que había aparcado en una esquina. Luego agarró a Grachen por los hombros, lo puso de cara a la pared y colocó un espejo de cuerpo entero frente a él. Ambos contemplaron el reflejo: un enano rollizo, de barriga ovoide y extremidades cortas, refugiadas en una ropa de manufactura exquisita, que sostenían una cara de rasgos nobles, cruzada por una pincelada en forma de bigote y protegida por una melena controlada en una coleta que caía

hasta su cintura. Sabetja lucía un semblante orgulloso.

—¿Has querido alguna vez ser distinto a como eres, mi querido Grachen? ¿Más altura? ¿Rubio, de ojos azules? ¿Unos enormes bíceps, quizá?

—Me va muy bien como estoy, gracias.

—Venga, viejo amigo, colabora un poco. Piensa que, si perdemos la guerra, las tropas de Formius el Desalmado echarán mi vino a los cerdos, aparte de otros detalles, como esclavizarnos y exterminar a los habitantes de Colinastriples. Hagamos de ti un salvaje guerrero. Literalmente.

2

La mañana se había levantado con una mezcla del frescor de febrero y el aire de marzo. Paquetes compactos de nubes teñían de gris los campos en los que lindaba la frontera entre las dos naciones. Desde la noche anterior, una serie de campamentos se acordonaban en la ladera, aprovechando cada recodo de hierba mullida como base para sus tiendas y cada palmo del macizo granítico como refugio de las tempestades humanas y naturales. El campamento principal era distinguible por su estandarte de tres águilas y por las colosales dimensiones del recinto, tan del gusto del mariscal de campo Karl Franzen-Steiner. Al aparato militar, en el que no faltaban torres de vigilancia y foso defensivo, se sumaban otras diferencias más prosaicas, como las tres tiendas de cocina, la biblioteca de

manuscritos de campaña e incluso la legión de músicos que encabezaba la vanguardia con sus sones de muerte. Todo ello, como los otros diez campamentos, desplegado en apenas setenta y dos horas. Por las amplias avenidas, siempre guardadas por la división de lanceros, Sabetja paseaba divertida, ojeando el interior de cada tienda, como hacía en los comercios de fruta y bisutería de Joya de Colinastriples.

Golgo, segundo del mariscal, estuvo a la mujer en la zona de refuerzos. La había ido siguiendo por una calle paralela, y sin mucho esfuerzo había logrado darle alcance. Saltaba a la vista que el grandullón pelado despreciaba a la señora: a la hora del rancho procuraba situarse bien lejos de ella, incluso si eso significaba comer con la soldadesca y no con los otros de su grado, y —acaso lo más destacable— jamás la llamaba por su nombre sino por dudosos epítetos.

—¡Bruja! El consejo de la milicia te requiere —escupió el musculoso soldado, sin dejar de acariciar sus espadas en las vainas.

—Después. Tengo asuntos importantes.

—Bruja, cuando el mariscal te llama, obedeces. Por alguna razón cree que nos haces falta.

—Si me reúno con tu jefe, querido Golgo, no tendré nada que contarle. Debo comprobar primero si mi trabajo ha funcionado. Después rendiré cuentas a Karl. Ahora, adiós. Pórtate bien.

Golgo escupió a su lado según se marchaba. El regalo no acertó de milagro a sus tobillos, pero ella

no le concedió mayor relevancia. Si todo iba bien, pronto reemplazaría sus escupitajos por besos a sus pies.

El puesto de refuerzos era el lugar más silencioso de todo el campamento. Una leva normal se componía de mozos demasiado jóvenes como para cargar con un cubo de agua, púberes aún sorprendidos por la llegada del acné, demasiado nerviosos por la proximidad de la batalla como para emitir un ruido. Allí, en cambio, pululaban guerreros de no menos de dos metros de altura, brazos como acueductos y músculos sin un gramo de grasa. Uno de ellos, un portento pelirrojo de mandíbulas de acero y melena indomable, se acercó a verla.

—¿Hay noticias de los espías?

—Tenemos un recuento provisional. Dos mil alabarderos, quinientos arqueros y una infantería de más de cuatro mil. ¡Ah!, y una dotación de trastos de las cavernas. —Sabetja rió de satisfacción—. Ya pueden darse por contentos si han conseguido enseñarles a colocarse el taparrabos.

—¿Qué me dices de la magia?

—Nada que temer. Mi viejo alumno Huidiyon es el único invocador. Ese muchacho era incapaz de recordar por qué lado se sostenía una varita. No me inquietaría por él.

—Yo me inquieto por mí.

—¿Por qué motivo? Te hicimos a medida entre los dos. Se quedarán pasmados cuando aparezcáis. Yo desde luego lo estoy. Nunca había cambiado a un pueblo entero. ¡Vuestra imagen impresiona!

—Confío en que el pasmo dure lo suficiente como para que no alcan-

cen nuestras filas. No me sientan nada bien las heridas de espada.

—Su ejército no es tan numeroso y, aunque os lancen un tajo, tardarán mucho en acertar. Al fin y al cabo, mi querido Grachen, sólo medís un metro y medio. El resto es pura ilusión.

—Por mucho que insistas, no termino de ver mi altura como una ventaja bélica —suspiró Grachen.

3

El despliegue de las tropas, lento y cuidadoso al principio, rápido y desenfrenado después, comenzó por la tarde y finalizó con el canto del gallo del día siguiente, momento en el que la infantería enarboló sus espadas, los portaestandartes alzaron las banderas y los músicos hicieron retumbar los tambores, aullar las trompetas y gallear las gaitas. FranzenSteiner, siempre en cabeza, enarboló a Cerrojo de Tumbas, su legendario acero urkasiano, y al verlo brillar con su fantasmal luz violeta, los primeros cientos de guerreros se lanzaron al combate. El tintineo de los filos llenó de ecos el valle, que pronto se empapó de la sangre de los caídos. En las filas traseras, Grachen y sus vecinos, bajo la apariencia de un batallón de fornidos humanos, sostenían un muestrario variopinto de armas cortantes y contundentes, procurando que el castañeteo de sus muelas no llegara a oídos de sus superiores. A su lado, Sabetja, apoyada en su bastón y con nada más que una daga en forma de media luna en el cinto, comentaba la fortuna de tener tan

cerca la legión de catafractos; hecho valioso, tanto por la protección que sus caballos y jinetes ofrecían como por lo grato que resultaba verlos maniobrar.

—Perdona que no sonría; es que el éxtasis ha inmovilizado los músculos de mi cara —balbuceó Grachen.

Más adelante le daría la razón a Sabetja, pues la brutal carga de los catafractos, revestidos de cota de malla desde la herradura del caballo al casco del jinete, además de admirable, resultó decisiva para salvaguardar el flanco derecho, donde él se encontraba. En el izquierdo, los ballesteros consolidaban el movimiento de pinza que castigaba el avance enemigo y aseguraba la marcha de la compañía de Grachen por el centro del valle. El rival se había guardado un truco: por la colina asomaron unas catapultas con proyectiles en llamas, pero para cuando lograron cargarlas la avanzadilla de Triplescolinas ya estaba a distancia de cuerpo a cuerpo. Como predijo Sabetja, los trasgos se dedicaron a comer las margaritas del suelo o canturrear embobados hasta que la infantería acabó con ellos.

Cuando llegó el momento que tanto temía, Grachen se encomendó

a los Altos y cualquier otra deidad disponible para atenderlo. Unos brutos, grandes como troncos, los aguardaban con cimitarras serradas en ristre. Grachen cerró los ojos y propinó cuatro tajos donde supuso que había adversarios. Al cabo de un rato, aliviado por la conversación de sus órganos vitales intactos, abrió los ojos y cayó de rodillas al blando suelo, cuando descubrió que sus quinientos amigos y él estaban combatiendo contra un grupo de matorrales y morenas.

—¡Qué gracia —rió Sabetja aquella noche, en la celebración de la victoria— que el tonto de Huidiyon fuera a realizar el mismo sortilegio! Por suerte, los novatos nunca pasan de utilizar arbustos inofensivos y no temibles guerreros como vosotros.

Sabetja esperaba una respuesta irónica, y no que Grachen confirmara, en un cambio de tema, que el vino trigio que estaban bebiendo sabía realmente extraordinario.

—Por cierto —añadió el enano—, tienes que recomendarme un maestro de esgrima. Ya sabes que a los jubilados nos sobra mucho tiempo libre.

© JOSÉ L. CARRASCO, 2012.

JOSÉ LUIS CARRASCO SÁNCHEZ-ALGABA
(España —Madrid, 1980—)

Activo escritor, en **NM** publicó “Una cierta forma de justicia” (# 22) y “En la noche de Beltane” (# 24). Administra la ciberbitácora “El bosque de Boole” (<http://elbosquedeboole.wordpress.com>).

EPAGÓMENOS

HÉCTOR HORACIO OTERO

Un primer día de Heru Renpet

Aquella madrugada de la primera fecha de celebraciones de *Mesut Necheru* (los días del nacimiento de los dioses) fue diferente a todas las de su pasado. El recluta, al ser abruptamente despertado de la animación suspendida, halló a sus compañeros rodeándolo, contagiosamente eufóricos, y supo entonces que su vida no volvería a ser la misma.

La instrucción se prolongó hasta el comienzo del enfrentamiento en el planeta Maluín. Fue entonces que una mañana, a la vez fría y soleada, se agrupó a todos los soldados al aire libre, con el objeto de impartirles una charla de “preparación psicológica” para la batalla.

Les sería imposible olvidar el rostro de ese hombre, su tez cetrina, sus rasgos duros y angulosos, sus

ojos entre marrón y verde —tan vivaces—, su sonrisa socarrona, su tono burlón. El adiestramiento duró cinco minutos, en los cuáles sucintamente se les explicó que, al encargarse del reaprovisionamiento de la primera línea de los leales ciborgs, constituirían el primer blanco de los alienígenas y, por lo tanto, debían estar preparados para una muerte inminente.

La estupefacción y el sopor invadieron la mente del conscripto, quien bajó la vista sin lograr entender completamente lo que acababa de escuchar. Fue entonces que la vio comenzar como una insinuación y crecer progresivamente hasta alcanzar dimensiones ominosas. La sombra era mucho más que un reflejo de la gigantesca nave-madre que sobrevolaba sus cabezas; el ángel de la muerte planeaba, carroñero, sobre sus

víctimas. La oscuridad se desplegó cubriéndolo todo, para luego alejarse, perdiéndose en el horizonte.

El sonido que había producido fue estruendoso y el conscripto no pudo más que cerrar los párpados con mucha fuerza, mientras un sudor frío cubría todo su cuerpo y la sangre se le helaba. Su alma se le escapaba por los poros y un indescriptible vacío lo invadió.

Un segundo día de Heru Renpet

Esa nada inefable lo acompañaría noche tras noche, durante un año y un día. Los rumores crecían y una y otra vez anunciaban que a la mañana siguiente se dirigirían a una base cercana, para alcanzar luego el planeta Maluín y, con éste, el irremediable destino final.

Así transcurrió cada crepúsculo, en vela y masticando ansiedad. Así también cada noche, con el rifle láser a su lado. Los breves períodos de sueño eran interrumpidos por la pesadilla recurrente del inmenso pájaro de metal reclamando alimentarse de sus presas. Sin embargo, cada amanecer llevaba consigo el alivio de un nuevo día, sin novedades.

En poco tiempo, la espera se hizo insostenible. Y el recluta, como el resto de sus compañeros, comenzó a rogar por que la muerte se lo llevara de una buena vez. La sombra que pesaba sobre su espalda entre el sueño y la vigilia se tornó en amiga y en la única posibilidad de liberación para una existencia de constante sufrimiento.

El segundo día del *piabot nkoyxi* (el pequeño mes) se produjo el sorpresivo anuncio de acuerdo de cese el fuego por ambas partes, pronto devenido en rendición incondicional de su patria. La noticia lo dejó impávido. Antes de que pudiera siquiera intentar elaborarlo, le dieron la baja. Una vez en la Tierra, se encontró con una sociedad reacia a hablar de lo que había pasado. Se supo sin identidad en el reciente conflicto; ni siquiera se lo consideraría un ex-combatiente. Jamás.

Un tercer día de Heru Renpet

Deambuló entonces por incontables lugares, buscando lo que ya no podría encontrar, aquello que había perdido para siempre.

Era el tercer día de los que están por encima del año y pensó que el amor sanaría sus heridas e intentó encontrarlo, infructuosamente. Deseó experimentar nuevas sensaciones; ir más allá de lo que conocía. Sin nada que temer y con poco que ganar, insatisfecho, se hundió en la desesperación. Las pesadillas retornaron y la esperanza de mitigar definitivamente el dolor lo sedujo. Y la sombra volvió a cubrirlo, esta vez para cobijarlo amorosamente.

Un cuarto día de Heru Renpet

Cuando despertó en una clínica espacial en órbita en torno al planeta, con sus muñecas vendadas, se sintió dolorido y a la vez confuso, sin poder

recordar exactamente qué había hecho. Su padre estaba allí, aquel del cual se había distanciado en el pasado, ya no importaba por qué. Su sonrisa preocupada, por alguna razón, lo confortó.

Era entonces el cuarto día del pequeño mes creado por Dyehuty, a quien los griegos llamaban Thot. El viejo lo llevó a su casa, sin preguntar nada. Durante largas charlas, los recuerdos agridulces dieron lugar a las urgencias del presente. En poco tiempo, una enfermedad terminal iba a hacer que el joven quedara nuevamente huérfano, esta vez de modo definitivo.

El retorno al mismo hospital, aunque desempeñando otro papel, le otorgó al recluta el espacio necesario para ordenar su mente y sus sentimientos. La lectura y la reflexión hicieron más llevadera la nueva espera, de apenas horas, pues los médicos holográficos eran muy sensibles y jamás permitían prolongar dolorosamente lo inevitable. Cuando el momento llegó, no vaciló en cubrir él mismo el rostro del ser que tanto había amado y que había sido tan importante en su vida.

Un quinto día de Heru Renpet

Supo entonces a quiénes quería ayudar y en qué circunstancias: a aquellos que, como él, habían perdido toda esperanza. Comenzó a estudiar y a trabajar duramente; conoció una mujer y formó una familia. Pasaron décadas y las pesadillas se hicieron cada vez menos frecuentes hasta prácticamente desaparecer.

Tal vez no por casualidad, era un quinto día de los del nacimiento de los dioses cuando debía asumir como Jefe del Servicio de Nanooncología. Fue una consecuencia inercial (y no por esto menos merecida) del rumbo que su existencia había tomado.

Otro quinto día de Heru Renpet

Años después, en la mañana de la última jornada de las festividades de *Heru Renpet*, teletransportación mediante, el médico ocupó su consultorio. Como era habitual, el café flotó hacia él, contenido sin continente, adoptando la forma del sagrado rostro de Osiris. Lo rodeó con sus manos, percibiendo su calor, mientras el aroma que emanaba de él lo embriagaba.

Hojeó morosamente el holograma con la historia clínica que apareció frente a sus ojos. “¡Alabado sea Horus!” murmuró entre dientes. Dolores abdominales frecuentes, neciamente ignorados. Hasta que el paciente percibiese una dureza durante una ducha sónica y sólo entonces se decidiera a actuar. Tarde. Muy tarde. El diagnóstico era terminal.

El anciano entró tranquilo, muy digno y dueño de sí mismo. Tomó asiento y apoyó a un lado su bastón láser, el cual tenía empuñadura de plata, meticulosamente labrada con la imagen de Seth. Su cabello, aunque completamente cano, seguía siendo tan abundante como años atrás, y sus ojos glaucos no habían perdido su singular brillo.

El doctor, sin vacilar, habló y habló y habló mientras la cara de su interlocutor iba convirtiéndose en una mueca de horror. Le explicó que moriría pronto, que Isis no lo protegería; le detalló el deterioro y el dolor por el que debería pasar, se regodeó particularmente en los detalles más humillantes, incluso mientras el muerto en vida, una mera sombra de quien

había sido, intentaba inútilmente escapar.

Luego de que el paciente se retirara, la infusión se tornó aún más placentera, esbozando la imagen de la divina Neftis. Evidentemente, los dioses se tomaban su tiempo, pero la justicia llegaba a todos los mortales.

© HÉCTOR H. OTERO, 2012.



HÉCTOR HORACIO OTERO
(Argentina —Buenos Aires, 1966—)

Licenciado en Historia en la Universidad de Buenos Aires, trabaja como catalogador de libros y vive en Villa Luzuriaga (Buenos Aires). Es autor de las novelas cortas juveniles de género fantástico *Aguada*, *el nacimiento de un guerrero* (Mondragón, 2004) y *Bajo la ciudad* (en línea).

Publicó cuentos de ciencia ficción en **Cuásar**, **Alfa Eridiani**, **NGC 3660**, **Lunatique** y **Axxón**.

EL GRAMO INAGOTABLE

PABLO SOLARES VILLAR

Para cuando tu esclavo te informó de que tenías a un visitante esperando en la puerta tú ya ibas bastante colocado. Te habías pasado toda la mañana sobre el escritorio, revisando viejos proyectos y metiéndote rayas, una tras otra. “Dice llamarse Yrgam Eglarion y pretende ser amigo de usted”, te comunicó el esclavo. El nombre del inesperado visitante te despabiló de golpe. Hacía muchos años que no habías oído aquel nombre. Muchos, muchos años. Veinte, quizá. Yrgam. Aún recordabas su rostro.

—Hazle pasar al salón, Tornat —ordenaste—. Ahora mismo voy.

“Yrgam”, dijiste en voz alta, aunque estabas solo en el estudio. ¿Cuánto hacía que no pronunciabas aquel nombre? Cogiste de entre los papeles el tubito de vidrio con la droga y no tardaste más de un minuto en bajar

al salón, cuya puerta custodiaba como siempre tu fiel esclava de piel pálida y cabello encendido. Cruzado el umbral de la puerta reconociste al punto al antiguo compañero de armas en los rasgos de aquel hombre. Los años le habían pasado factura pero sus ojos y su amplia sonrisa —sonreía— eran las mismas de cuando joven. Te tendió la mano y tú se la estrechaste entre las tuyas. Os abrazasteis y os disteis palmadas en la espalda. Besasteis vuestras mejillas y dijisteis palabras efusivas que ahora serías incapaz de recordar. Después le tomaste por los hombros y alejaste su torso del tuyo para poder mirarlo con detenimiento un instante. Os volvisteis a abrazar.

Estabas muy puesto y todo sucedió muy rápido, ésa es la verdad. Y no recuerdas bien cómo comenzó pero, en un momento dado, tras las primeras

palabras intercambiadas y, antes aun de entablar conversación ninguna, te dijo con mirada pícaro: “¿Pero qué carajo tienes ahí?”. Abriste tu mano diestra mostrando el tubito de polvo blanco, y con la otra indicaste uno de los sofás. Te sentaste en otro antes de responder. “Un gramo, compañero”. La respuesta ciertamente era un poco estúpida. “¿Un gramo de qué?”, preguntó otra vez, “¿con qué os drogáis en este planeta alejado de la mano de Dios?”.

Fue extraño, pero en ese momento decidiste dar inicio al juego que en alguna ocasión habías diseñado en un acceso de loca ebriedad. Con la colaboración oportuna del destino imprevisto ibas a comenzar aquel juego arriesgado y de imprevisibles consecuencias. Te sentías terriblemente colocado y terriblemente cansado de estar colocado, y ya no te importaba que alguien más pudiera saberlo, que pudiesen descubrir tu secreto. “Pruébalo y verás”, le dijiste, y él te miró extraño. Sin embargo, no lo dudó. Se sentó frente a ti en el amplio sofá y tomó el tubito de vidrio con la mano diestra, observándolo con atención. Polvo blanco. Es lo único que pudo distinguir; sin embargo, hay tantos polvos blancos: venenos y antídotos, infiernos y paraísos... “¡Anímate!, métete una”, le dijiste, y él, sonriendo, asintió con la cabeza. Después le quitó al tubito el tapón de caucho y con la delicadeza del catador experto se lo pasó bajo las aletas de la nariz, que contrajo de inmediato, de forma involuntaria.

“MB 17”, le confirmaste triunfal. “Ya lo veo, compañero”, te replicó

él, y añadió: “Y bien pura”. Tú seguiste con el juego estúpido; perdiste y perder a todos a tu alrededor: “La mejor, ya verás”. Volvió a asentir; después te dio una palmadita en la espalda mirando todavía el polvo en el tubo, blanca tentación. “Haz también para mí”, le dijiste, aun sabiendo que no hacía falta mencionarlo; “supongo que no tendrás prisa...”.

“No, no tengo prisa; ninguna prisa: estoy desterrándola de mi vida. Hoy he venido a visitar a un viejo amigo y a charlar largo y tendido”. Tú le sonreíste. Sí, era un viejo amigo. “Házte las bien gordas, Yrgam”, le aconsejaste. Por los viejos tiempos, pensaste para ti. O a lo mejor lo dijiste en alto. De todos modos, quizá no era por los viejos tiempos.

Yrgam vertió parte del contenido del tubito sobre el frío vidrio de la mesa maciza y traslúcida, auténtico cristal de roca de Shabulah. Tú nunca te hubieras podido permitir un lujo de aquel tipo en los tiempos en que jugabas con Yrgam aquel otro juego tan distinto, aquel otro juego de los guerrilleros interestelares y las fortunas expropiadas, de los compañeros ensangrentados entregando la vida a la orilla del camino, de la huida en el último segundo con el láser caliente y vibrante en la mano. La partida había finalizado mucho tiempo atrás, no obstante.

—Han pasado muchos años—dijo él, y tomando de la ostentosa mesa el inhalador de plata y filigranas de oro que te había regalado Enal, hacía también una eternidad, se metió un tiro.

—En efecto —respondiste.

—¿No te extraña mi presencia hoy aquí, después de tanto tiempo?

Le miraste fijamente a los ojos verdes antes de contestar: “Ya nada me extraña”. Y era verdad. E Yrgam no tardaría en comprenderlo a su vez. Te pusiste la raya que te correspondía y el sabor acre invadió tu boca y fosas nasales. Era un sabor conocido, como el tacto del gatillo y la visión de la desesperación.

—Lo cierto es que me he enterado por casualidad de que vivías en este miserable planeta, y me dije “qué coño, ¿por qué no vamos a visitar al viejo Grödnik?; sí, vamos a darle una sorpresa al viejo compañero”. —Te sonrió antes de proseguir. Tú le devolviste la sonrisa; en verdad, su llegada había sido una sorpresa—. Sí, eso pensé: darte una sorpresa. Me dije “vamos a visitar a un veterano compañero de la milicia que vive exiliado en este podrido rincón de la galaxia”. Pero no pensé que te fuera tan bien, amigo. —Miró de reojo el lujoso esnifador de oro y plata y la lujosa mesa—. Que vuelva a las venas la sangre vertida si no es cierto que pareces un burgués *ghalem* más que un antiguo guerrillero de la Liga.

Sabes que es así. Que nadie diría que luchaste por la Liga, a juzgar por las apariencias de una vida convencional, mundana y disoluta. Eso también forma parte del juego estúpido en el que estás inmerso hace tiempo. El pasado parece más lejano aun de lo que realmente es o fue.

—¿Y qué mal hado te ha traído a Táranis, Yrgam? —le preguntaste, pues bien había llamado a aquel pla-

neta “podrido rincón de la galaxia”. Un rincón podrido en el que hacía muchos años que no desembarcaba ningún veterano de aquella guerra imposible y olvidada por todos—. ¿A qué te dedicas, que tus pasos te traen a este planeta distante?

—Las minas, muchacho —te contestó con una sonrisa en aquellos verdes ojos que afirmaban con descaro no haber nacido para trabajar. Una cálida hilaridad parecía adueñarse por momentos de ti. Ibas colocado. El polvo te distorsionaba las percepciones, ralentizándolas o acelerándolas como si se tratase de esas antiguallas cinematográficas en dos dimensiones que los arqueólogos investigan en el planeta-génesis.

—¿Las minas, eh? —le contestaste—. Siempre se te dieron bien las explosiones, lo recuerdo. —Le guiñaste un ojo o, más bien, se guiñó él sólo, automáticamente, e Yrgam rió el chiste—. ¿Sigues volando presas y estaciones de comunicación interplanetaria?

—No. Pero en cierto modo sigo haciendo el mismo trabajo —concedió—; sólo que ahora curro para nuestros antiguos enemigos. Paradojas del destino, compañero. Aunque, de buena gana...

—Sí, de buena gana. Lo sé —dijiste y él esbozó una nueva sonrisa, más melancólica y cómplice. Tomaste de la mesa de cristal de roca el tubito con la MB 17 y derramaste sobre su superficie un mínimo montículo de aquella sal blanca y de olor penetrante y amoniacado. Con dos movimientos expertos del dorso de la daga, siempre al cinto, perfilaste dos rayas

de polvo sobre la mesa de roca de Shabulah, perfectamente simétricas y paralelas. Tomaste el inhalador de Enal y te metiste una. Después se lo tendiste a Yrgam.

—¿Vas todo el día a este ritmo? —preguntó, y tú sabías que se interesaba más por tu economía que por tu salud. Le contestaste escuetamente: “Sí, compañero, ¿por qué no?”. No supo que responder. Se encogió de hombros y después se flexionó sobre la mesa, repasando con la cabeza la línea de polvo blanco que tu daga había dibujado. Estaba más viejo, más cascado. Su mirada tenía una profundidad y tristeza que no había tenido cuando combatáis codo con codo en el distal sistema solar de Hécate, aunque aquéllos sí habían sido tiempos duros.

—¿De qué son las minas, Yrgam? ¿Diamantes? ¿Uranio? ¿Qué demonios hay bajo la superficie desierta de este planeta ingrato? —preguntaste—. Nunca oí hablar de minas en Táranis.

Alzó el inhalador frente a tus narices. —Oro —dijo—; el metal que mueve el mundo desde que el hombre es hombre y bajó de los árboles. Nada de uranio. Nada de diamantes. Oro solamente. Aunque dudo de que en la cantidad suficiente como para justificar una explotación como la que la Compañía planea —añadió.

—La Compañía nunca yerra en sus cálculos —le recordaste. Yrgam asintió con la cabeza. Muchos compañeros muertos en combate confirmaban aquella aseveración. Ambos lo sabíais. Propusiste abrir unas cervezas e Yrgam aceptó. Auténtica *Weißbier*

importada del planeta-génesis y servida por la más hermosa de tus esclavas, la pelirroja de piel blanca originaria de Nínive II, algo exquisito y vulgarmente ostentoso a un tiempo. Yrgam paladeó la cerveza con deleite; sin duda hacía tiempo que no bebía nada parecido.

—¿Y tú a qué te dedicas, Grödnik? —preguntó.

Era una invitación a entrar de pleno en el juego, una invitación que no podías desdénar y a la cual sólo cabía dar una respuesta: —Yo también tengo una mina. Soy propietario de una mina modesta pero muy rentable —afirmaste, y no mentías.

—¡No jodas! —exclamó Yrgam, y se dio una palmada en la rodilla, sonora y gozosa, algo infantil—. En el embarcadero llegó a mis oídos que te dedicabas al contrabando, algo que creí más propio de ti, compañero, pero me alegro, una mina siempre es un buen negocio.

Os observasteis mutuamente. Yrgam creía que le estabas vacilando, y tú sabías que no era así. Mundo de paradojas y engaños, espejos enfrentados y campo de infinita profundidad. O quizá tu mente que empieza a estar trastornada con tanto polvo. En ocasiones el juego se desborda y te atrapa, amigo, bien lo sabes. Brindasteis y bebisteis. *¡Por los compañeros caídos! ¡Por las minas de Táranis! ¡Por la emebedicisiete! Salud y buena cerveza en tragos largos, como antaño. Te faltaba la compañía del fusil láser.*

—¿Y qué sacas de tu mina, compañero? —preguntó—. Yo soy minero; quizá pudiera trabajar para ti. Siempre

mejor para un veterano de la milicia que para un *ghalem*, ¿no crees?

Bebiste pero no te dio tiempo a meditar la respuesta, ya que brotó de tus labios en cuanto éstos abandonaron el contacto de la botella: —Tengo una mina, un auténtico filón, de MB 17.

Y, como para demostrarlo, te hiciste nuevamente un par de lonchas sobre la mesa. Yrgam rió a carcajadas. Estaba colocado; los indicios evidentes y que siempre te rodean: midriasis, aleteo de la nariz, sudoración de la frente. Era su tercera raya, pero de las tuyas ya habías perdido la cuenta, aun a pesar de que el pequeño sol secundario acababa de elevarse sobre el horizonte; mediodía, en los relojes de aquel planeta.

—Un filón de MB 17 —comentó él con entusiasmo—; eso sí que sería un buen negocio. ¡El polvo se agota en el Universo, muchacho! Eso dicen.

—Eso dicen, sí, y yo te lo corroboro. —Extendiste los brazos abarcando el amplio salón: los mármoles, las dioritas, la seda y el oro, los esclavos y el marfil—. La MB 17 es un gran negocio. Si tienes un buen filón, claro. Pero eso es difícil en estos tiempos que corren. Parece ser que en todos los planetas se están agotando ya las grandes minas y que no hay más que sucedáneos sintéticos en el mercado. ¡Ni la propia Compañía dispone de buen material, malditos por siempre sean!

Tú también ibas puesto, claro; no sólo Yrgam. Habías cogido velocidad y continuaste: —Pero yo soy un tipo afortunado. Yo he dado con un buen filón. Mi material no es sin-

tético, Yrgam. Yo no necesito adulterarlo. Yo tengo una buena mina de buen material. Cierra los ojos y podrás plantarte donde quieras con sólo desearlo. Como en los viejos tiempos, cuando el mineral era abundante, cuando lo tomábamos a puñados de los palacios expropiados. ¿Cuánto hace que no pruebas un polvo como éste, Yrgam? ¿O es que acaso vas a decirme que mi mierda es igual que el producto de la Compañía?

Yrgam no supo qué contestar. Su cerebro iba demasiado lento, y demasiado rápido también, como para seguir tu discurso. Tomó la botella y la vació. Tú también vaciaste la tuya. Después pediste más cerveza mientras escrutabas a Yrgam, que a su vez observaba embobado el trasero de Gayra, la esclava de Nínive II. Llamaste a la chica nuevamente y le pediste que trajera también algo de hachís y la pipa de vapor. “Y un poco de chocolate y almendras, por favor, Gayra; gracias”. Sí, realmente tenía un trasero bonito. Además, aquella esclava te había salido gratis; te la habían regalado. Siempre hay quien te debe favores y eso es bueno y forma parte del juego.

—¿Se sigue combatiendo, Yrgam? —le preguntaste al antiguo compañero de armas, sacándolo quizá de su ensoñación. Te miró como desde un pozo profundo. Su semblante había cambiado.

—No sabría decirte —dijo al fin—. La censura es férrea; tú ya sabes, no se filtra nada.

Tú sabías ciertamente de la censura. Insististe: —Pero a este planeta

alejado no llegan los rumores, compañero. ¿Qué se rumorea en las estaciones interestelares, Yrgam? ¿Hay combates todavía? ¿Hay alguna esperanza?

Carraspeó antes de responder. —Esperanza no queda, si es que alguna vez tuvimos alguna. Respecto de los combates poco sé. Dicen que la lucha continúa en el sistema Hécate; duros combates en el planeta Gehena.

Te reíste a carcajadas. Yrgam te miró sin comprender al principio, pálido, y después rió a su vez, también con desaforadas carcajadas.

—Sí, es extraño. Veinte años después y aún siguen peleando por un pedrusco estéril en un sistema apartado de la galaxia. Pero tiene su lógica, Grödnik: es un planeta fácil de defender, una base donde poder guardar un arsenal. —Te mostraste de acuerdo afirmando con la cabeza, y él continuó—: Ni siquiera cuando nos vimos obligados a abandonar Gehena de aquel modo humillante lograron la Compañía y el Gobierno el control total sobre el planeta. Sí en la superficie, claro está, pero nada más. Tú sabes que aquel planeta no es sólo la superficie desierta; que la vida se esconde debajo, en las grandes cavernas. —Volviste a afirmar con la cabeza en el momento en que regresó la esclava. Depositó sobre la mesa de cristal de roca bombones y almendras y después, arrojada sobre la alfombra de lana biológica, preparó la pipa de vapor para dos fumadores, una curiosa pipa con diseño retro en forma de narguile turco.

Te hormigueaban las manos, señal inequívoca de lo que el cuerpo necesitaba, y te hiciste otro par de rayas sobre la mesa. Fumabais en silencio. Comíais bombones. Yrgam lanzó al aire dos torpes aros de humo, como tú habías hecho antaño en la trinchera enfangada, pero no le seguiste el juego. Ahora ya sólo te interesaba un juego, el tuyo: el juego de echarlo todo a perder. De hecho, no sabrías recordar cuándo fue la última vez que lanzaste al aire un anillo de perfumado humo de hachís. Quizá en Gehena, antes de la vergonzosa huida. Tomaste un bombón y dejaste que se derritiera en tu boca. Tenía una avellana por corazón. Una avellana silvestre, aunque probablemente ningún paladar alcanzara a diferenciar su sabor. Abriste tu *Weißbier* y le diste un largo trago mientras los recuerdos de los últimos años en la guerrilla se entremezclaban y enlazaban con las imágenes fluctuantes de diseños geométricos que la droga hacía bailar ante tus ojos. Le diste una larga calada al narguile. Fumar era de lo poco que aún te resultaba placentero.

—¿Y dónde está tu filón? —En esta ocasión fue Yrgam quien te sacó a ti de tus ensañaciones—. ¿Aquí en Tánanis?

Le miraste y fuiste consciente de que tus ojos traslucían el colocón que llevabas. Te costó responder; la lengua parecía negarse a cumplir su trabajo. —Sí, aquí en Tánanis. Un filón modesto pero rentable. —Sonreíste. El juego era obsesionante; tenías que seguir—: Hazte otro par de ellas, Yrgam, yo voy a mear. No

pierdas el gramo de vista, ¿eh? —No supo qué responder, pero tampoco le dio importancia, igual que hubieras hecho tú, de estar en su lugar. Fuiste al váter y echaste una buena meada color pistacho, una prueba más de que tu material era el mejor polvo del mercado. Al regresar pasaste junto a Gayra, firme junto al dintel salomónico del salón. Le tocaste el culo y le estampaste un beso en la mejilla; ella te sonrió y te dio un cachete en la nalga al pasar. Sonreíste, aunque Gayra no te vio.

—Modesto pero rentable; sí, así es mi filón —dijiste, e Yrgam te miró apremiándote a que prosiguieras—. Aquí, en este mismo planeta que tú y yo pisamos. ¿Has perdido mi gramo de vista? —Te miró extrañado y te tendió el esnifador de plata y filigranas de otro—. Tú eliges; la de la derecha es la gorda. Y el gramo continúa sobre la mesa, amigo; quizá no te hayas dado cuenta. —Te metiste la raya más pequeña y le devolviste el inhalador, el juego continuaba—. Bien, no lo pierdas de vista, Yrgam; no pierdas de vista ese gramo.

Se metió su raya y te sonrió: “Debe quedar sólo medio, compañero; llevas un ritmo endemoniado”. Y tú sonreíste a tu vez. Las razones que motivaron tu sonrisa eran mucho más esquivas y profundas de lo que Yrgam podía suponer. Tu secreto seguía a salvo e inadvertido, no obstante, y eso te complacía. Era parte del juego; un juego dentro de otro juego.

—Tú no lo pierdas de vista, hazme ese favor. Ese gramo tiene una historia de lo más curiosa. —Te que-

daste en blanco, en silencio—. Sí, de lo más curiosa; después te la contaré.

—¿Es, entonces, polvo de tu mina, Grödnik? —te preguntó. Afirmaste con la cabeza, dando una larga chupada al narguile—. Tienes razón, es un material cojonudo.

Dibujaste con el brazo una media reverencia. —Nunca engaño a los viejos compañeros de armas —comentaste al tiempo.

—En serio; un material cojonudo —continuó él—. Si yo estuviera en tu pellejo, amigo, almacenaría todo ese polvo y esperaría unos años antes de sacarlo al mercado. ¡Vaya si lo haría! ¡Con sólo esperar cinco o seis años vendería cada gramo a un precio astronómico!

—¿Y qué harías con tanto dinero, compañero Yrgam? —preguntaste.

Él tomó su cerveza y dio un largo trago mientras meditaba la cuestión. Depositó la botella sobre la mesa y tomó un puñado de almendras. Respondió antes de llevarse la primera a la boca: —Compraría un planeta tranquilo y me haría con un título de gobernador o de visir. No sé, algo así.

Después de comer unas pocas almendras devolvió el resto al cuenco. Tú fumabas.

—¿Y si tuvieses mucho más dinero aun? ¿Si, pongamos por caso, dispusieras de una suma tal que te permitiese comprar un sistema solar entero? ¿Qué harías entonces?

Te guiñó un ojo.

—Entonces me haría inmediatamente otro par de rayas y después te contestaría.

Le guiñaste en respuesta y le señalaste el gramo con la mirada. Lo tomó y dibujó otro par de líneas blancas sobre la mesa. Algo más delgadas, como quien está acostumbrado a estirar los gramos, que no es tu caso. Se metió la primera y te dejó la segunda para ti, un poquito más grande. Esnifaste y pediste más cerveza.

—Ahora, la respuesta: si tuviese tanta pasta como tú dices compraría un sistema solar, pero un sistema solar que fuese autosuficiente en lo económico, y después reclutaría un ejército para emprender una nueva revolución. Sí, señor; eso es lo que haría. Pero, compañero, no existen filones así de ningún mineral. No, señor; te lo dice un auténtico minero. Todos los filones, hasta los mejores y más ricos yacimientos, llega un día que se agotan. Y si existiesen tales filones estarían en manos de la Compañía y no de un antiguo miliciano de la Liga como tú. Y si, por último y por un extraño azar, un filón así estuviera en tus manos, la Compañía no tardaría dos días en sacar al mercado un nueva droga más al gusto del consumidor y, sobra decirlo, más barata.

Aplaudiste. Era el mismo razonamiento que tú habías desarrollado en tantas ocasiones.

—¿No es así? —insistió Yrgam—. Si la Compañía no saca beneficios del comercio de cualquier artículo, tal artículo simplemente desaparece del mercado. Lo hemos visto en muchas ocasiones.

No pudiste por menos que darle la razón. El juego se estaba poniendo

interesante y fumar te relajaba. Dibujos geométricos e irisados provocados por el polvo se superponían a la visión de la realidad. Las almendras en el cuenco parecían bullir con vida propia, pero un examen detallado te demostró que seguían siendo las mismas almendras de siempre. También a Yrgam parecían interesarle las almendras, y ambos os inclinasteis sobre el cuenco. Finalmente tomaste una y te la llevaste a la boca, masticándola a conciencia. Te reíste, sintiéndote bastante ebrio, y también Yrgam rió a tu lado, llevándose un par de almendras a la boca. Reía incluso mientras masticaba. Bebiste.

—Y si yo te dijera que he localizado un filón inagotable, ¿qué me dirías?

Según decías estas palabras la cara de Yrgam tomó en cierto modo el aspecto de una almendra, pero respondió con su voz de siempre y bastante sensatamente, por cierto, para el ciego que llevabais.

—Ya te lo he dicho: tales filones no existen; todos se agotan más tarde o más temprano. —Se echó a reír por lo bajo y parecía que no iba a poder detenerse nunca. Era una risa que clamaba por que otras le hiciesen coro y, antes de darte cuenta, también tú reías. Incluso Gayra, en el dintel de la puerta, se vio contagiada y se rió disimuladamente con risa fresca y serena, aun a pesar de que desde donde ella estaba situada no se podía ver cómo las almendras parecían querer salirse del cuenco. Reísteis bastante tiempo —varios minutos seguidos, sin duda—, y os costó serenaros. Sopesaste hacer otro par de rayas,

pero curiosamente desechaste la idea y te volviste hacia el narguile, procurando que las almendras no entraran en tu campo visual, tarea que iba a ser difícil. Pero era necesario, pues el juego cada vez se ponía más interesante y la conversación al fin iniciaba los derroteros por donde querías que siguiese fluyendo.

—Al menos convendrás conmigo en que hay filones que duran más que sus descubridores —le soltaste, pero Yrgam parecía más interesado en las texturas de los bombones—. Quizá yo tenga un filón que no habrá de agotarse antes de que terminen mis días. Un filón que me dé la suficiente riqueza como para iniciar una nueva revolución.

Yrgam respondió al fin, pero sin levantar su vista de la pequeña bandeja de bombones.

—La Compañía te descubriría antes de que logaras reunir un ejército suficientemente poderoso, y no creo que puedas elevar un imperio así basado en un solo producto, menos aun siendo un artículo de los considerados de lujo. Además, no hablas en serio. —Asentiste con la boquilla del narguile entre los labios—. Y, además, estás pedo. —Él seguía absorto en la contemplación de los bombones mientras hablaba. Las almendras volvían a guardar la compostura dentro del cuenco.

—Yrgam, ¿quién dirige ahora la guerrilla? —le espetaste a boca-jarro—. ¿Cómo podría ponerme en contacto con ellos?

Abandonó de inmediato los bombones y clavó sus ojos verdes en los tuyos. La atmósfera del salón se tensó

en milésimas de segundo; parecía que faltase aire para respirar. Incluso Gayra, desde el extremo de la estancia, te miró desaprobadoramente. Te diste cuenta y no pudiste menos que pensar que los esclavos también adquieren especiales derechos sobre sus propietarios: una paradoja que no era muy políticamente correcta. Te reíste para tus adentros. Gayra era partícipe de tu juego, pero no comprendía aún sus reglas.

—¿Supones que podría responderte a eso? —contestó tu antiguo compañero de armas.

Y, sí, lo suponías. Más que suponerlo, tenías la certeza: Yrgam poseía esa información; Yrgam aún estaba en contacto con la Liga. Los poderes visionarios del polvo no se reducían a ver bullir un puñado de almendras.

—Sí —contestaste escuetamente, pero él no añadió nada más. Tú guardaste silencio un momento, pero al cabo lo quebraste—: Sé que tienes esa información, no lo dudes. Sé que me estás analizando, que aún no confías en mí. Pero también sé que te convencerás, más temprano que tarde, de que sigo estando del mismo lado. Y de que mi ayuda, al menos la económica, podría ser interesante para la Liga.

Seguía mirándote fijamente, pensativo. Se llevó un bombón a la boca y dio una larga chupada de la pipa.

—Dicen que la Liga la dirige Orstnas —te respondió después—, pero no tengo ni idea de si eso es cierto. De hecho, me extrañaría bastante. Era un tío inteligente pero nunca tuvo capacidad de liderazgo.

Bebiste. —Así que Orstnas, ¿eh? —fue lo único que se te ocurrió decir.

—Sí, Orstnas —prosiguió Yrgam—; ¿llegaste a conocerlo?

Asentiste: —Sí, en Mablung II. Era un tipo listo, previsor. Nos sacó de un buen brete en aquella ocasión.

Yrgam tomó el inhalador entre las manos; parecía nervioso. Luego dijo: —Sí, un tío listo ya te digo. Pero no era miembro del partido, no entonces, al menos, y me extraña que haya llegado a dirigir el tinglado. No me lo imagino. Era un hombre de acción, como nosotros, Grödnik; no uno de los que se dedican a leer discursitos. Pero eso dicen por ahí: que él es ahora el primer delegado, ya ves.

En realidad, no lo veías. Conocías bien a Orstnas y hay cosas que nunca cambian, ni en veinte años ni en veinte siglos. Si Orstnas dirigía ahora la Liga, tanto mejor. Las alucinaciones habían vuelto a su cauce normal y ni almen-dras ni bombones te habían vuelto a inquietar. También Yrgam daba señales de haberse serenado algo, bien porque le comenzaba a bajar el colocón o bien porque los derro-teros de la conversación se lo habían quitado por completo. Bebisteis y fumasteis en silencio por largo rato. De vez en cuando Yrgam se volvía y miraba a su alrededor con detenimiento, posando su vista en cada uno de los suntuosos detalles con los que habías adornado tu domicilio. Parecía cavilar si aún eras el Grödnik que él había conocido en las trin-cheras, pues las apariencias hablaban a gritos de un individuo muy distinto de aquel que habías sido dos décadas

atrás. ¿Se podía confiar en ti? Sabías que ésa era la duda que corroía en esos momentos a tu antiguo cama-rada. Sí, camarada. La palabra sona-ba extraña; propia de novelas y teatro, más que de la vida real.

—¿No mantienes entonces con-tacto con la guerrilla, camarada?

Tardó un poco antes de respon-der. —¿Lo mantienes tú, Grödnik?

Te echaste a reír nuevamente. Los dos tenáis la risa a flor de piel, aunque el tema era serio; cosas del polvo. Pero la mente estaba lo sufi-cientemente lúcida aún para seguir jugando. —¿Crees que ellos querrían mantener contacto conmigo, Yrgam, con un burgués que vive mejor que un *ghalem* y del que se rumorea en los embarcaderos interplanetarios que se dedica al contrabando de sa-ben los dioses qué cosas? La Liga siempre ha sido escrupulosamente puntillosa en lo ético, ¿no es así?

Sonrió, lo cual te demostró que llevaba mejor su colocón, que era Yrgam quien manejaba el timón de la nave y no la MB 17. —Sí, sí. Así es. Dentro de pocos años podremos contar a nuestros nietos que fuimos incapaces de ganar una guerra, pero que no obstante siempre nos compor-tamos correctamente en nuestra lu-cha: correctamente con los prisione-ros, correctamente con la población civil, correctamente con la vida de los planetas en que se combatía, correctamente entre compañeros de armas. Muy correcto todo. Pero inca-paces de ganarle la guerra a la Com-pañía.

Hiciste el amago de un brindis y matizaste: —No te creerán. Tus

nietos, digo. Sus libros de Historia los escribirá, editará y distribuirá la Compañía. Nuestra guerra ni siquiera aparecerá en los libros de texto de tus nietos. Habrá sido menos que inútil: habrá dejado de existir.

La vejiga le apretó en esta ocasión a Yrgam y tú quedaste a cargo de hacerte otro par de rayas. Tenías buen pulso, a pesar de todo. Y mantenías la cabeza en su sitio. ¿Era Yrgam quien decía ser? Sin duda era la misma persona, pero el tiempo lo puede todo. ¿Te estaban tentando los *ghalem* de algún modo? Llevaban años con la mosca detrás de la oreja y no sería raro que quisieran enterarse de algo más; del origen de tu riqueza, por ejemplo. Sin embargo, siempre has tenido buen olfato para los espías, un rasgo que quizá te quedó del paso por la guerrilla, y tu olfato te dice que ni Yrgam es un espía, ni es tampoco el minero que dice ser: hay algo más. El juego se pone interesante. Habías estado observando la obra desde la platea, pero pisar las tablas del escenario es mucho más entretenido. Y más peligroso; eso parece decir la mirada de Gayra. Pero quizá sea tu propia mirada nublada por la droga la que interpreta mal el mirar de la esclava pelirroja. Aunque eres viejo amigo y usuario de la MB 17, a veces no es fácil separar realidad y ensoñación; a veces no es fácil interpretar las miradas de los demás.

Yrgam se disculpó por la tardanza: no preguntó el camino y acabó en la cocina, donde lógicamente no le dejaron mear; al regreso se perdió de nuevo. Quizá una muestra más

de la labor del espía, pero que te confirmó que se trataba del Yrgam de siempre. Hay cosas que con los años van a más; ya lo decían los antiguos filósofos del planeta-génesis. Tras las disculpas, nuevamente el ritual cotidiano. Él se mete la primera, algo más pequeña; tú la segunda, algo más gorda. Te llevas un bombón a la boca y das una larga calada del narguile. Te has fijado en que Yrgam se las mete todas del mismo lado; tú, en cambio, alternas: una por la derecha, otra por la fosa izquierda. No deja de ser un detalle significativo y curioso, te dices. Abres otra cerveza, que Yrgam se ha traído de su paseo por la cocina.

—Cuando lo pienso hay veces que me siento orgulloso de haber participado en todo aquello, pero hay otras veces que me siento terriblemente estúpido y vacío. —Parecía que Yrgam regresaba del meadero con ganas de hablar—. Luchábamos por una causa justa, ¿no es así, Grödnik? Yo, al menos, siempre luché por una idea. Nunca hubo saqueos, ni nunca hubo violaciones ni fusilamientos arbitrarios. Y además estuvimos tan cerca de conseguirlo. Tan, tan cerca... ¿Te acuerdas de Tierra-génesis? —Asentiste—. Estábamos seguros de haberlo logrado. Por fin sonaba nuestra hora. Me recuerdo paseando junto al mar más azul que nunca hubiera visto antes: las olas, las gaviotas, la arena húmeda de la playa plagada de conchas. No pensé en aquel momento que quizá tuviera que empuñar el láser de nuevo; mucho menos que perdiéramos la guerra.

Diste un largo trago a la cerveza.
—Pero la perdimos —terciaste—, o la estamos perdiendo.

El gesto de Yrgam era tajante: la guerra ya estaba perdida, *game over*. Interpretaba bien el papel: parecía un minero al que no le restaban ilusiones, no al menos para una guerra olvidada por la mayor parte de la galaxia desde hacía mucho tiempo. Alzaste la copa y brindaste: —¡Por los compañeros caídos!

—¡Por los compañeros caídos!
—repitió Yrgam solemnemente.

Y en ese momento se te acercó por detrás Gayra con su andar silencioso y felino, posó su mano en tu hombro y dijo: —Con todos los respetos. Si se me permite... —Tomó tu cerveza de la mesa y, alzándola, brindó a su vez: ¡Por las compañeras y compañeros caídos en la lucha! —Y a continuación dio un largo trago.

El rostro de Yrgam no traslució sorpresa alguna. Levantó su copa al brindis de la esclava y bebió. Después Gayra volvió a su puesto, junto a la entrada de la estancia. Había sido una buena jugada. Pensaste que, después de todo, Gayra era quizá la única persona que te alcanzaba a comprender. Yrgam cubrió con su mano la boca y la nariz, que frotó enérgicamente a continuación. Luego se reclinó en el sofá y abrió la boca como para hablar, pero sólo emitió una especie de suspiro. Volvió a cerrar la mandíbula.

—¿Has perdido de vista el gramo? —soltaste de pronto.

—No, ahí lo tienes. Lo perdí de vista mientras meaba y todo eso, pero

espero que no me habrás dado el cambiazó. —Se echó a reír—. Porque ya he cometido el error de fiarme de tíos como tú en demasiadas ocasiones.

No pudo continuar. Sus propias carcajadas se lo impidieron. Aunque no te diste cuenta en el momento, tú también reías. Ibais muy colocados y aquella tontería era terriblemente graciosa. Las palabras que mucho después logró articular fueron aun mejores: —Bueno, pues ahí tienes tu gramo. Creo que deberíamos sentenciarlo.

Pensaste que te meabas de risa. Tu risa contagió la suya. Él creía saber de qué os reíais, pero no era así. Al menos no sabía de qué te reías tú. Otro hecho curioso de esos con que te tropiezas cada día.

—No, no vamos a terminarnos este gramo —le dijiste después de una eternidad cuyos segundos eran marcados por carcajadas. Y no pudiste dejar de afirmar: ¡No creo que seamos capaces!

Nuevamente las risas altisonantes inundaron el amplio salón, y otra vez la sensación de que os reíais de cosas distintas, aunque las mismas palabras originaran ambas risas. Las paredes de la estancia parecían fluctuar y licuarse cuando dijiste: “¡Venga, hazte un par de lonchas; ya estás tardando!”. Mientras él cogía el gramo tú recapacitaste: “No, mejor hazte tres, ¡y bien gordas!”. Te reíste y Gayra te hizo una especie de reverencia que, desde donde tú estabas y en el estado de ebriedad en que te encontrabas, parecía imposible para un cuerpo sólido.

—Yrgam, escucha —dijiste—: mejor cuatro lonchas; dos bien servidas para la chica. —Nueva reverencia imposible de describir en el umbral de la puerta. Parecía que todo el universo se reía en sintonía contigo.

Yrgam hizo el amago de volcar el tubito, pero rectificó cuando ya había derramado demasiado polvo blanco sobre la mesa, así que salieron cuatro rayas bien gordas, igual que hubieran salido ocho o más, pensaste. Gayra debió pensar lo mismo, pues al acercarse a la mesa señaló las rayas con el índice mientras se echaba la otra mano a la boca en gesto inequívoco y risueño.

—Vais un poco pasados, ¿no? —comentó y, tomando el inhalador de tu mano, se lo acercó a la nariz y esnifó dos de aquellas rayas enormes; una por un lado y otra por el otro. Guardaba la elegancia hasta esnifando. Te pasó el inhalador y se sentó con las piernas cruzadas sobre la alfombra. Regresar a la puerta estaba de más. Bebió de tu cerveza y cogió un bombón, pero no dijo nada. Te metiste tu raya, aunque trabajo te costó, pues se empeñaba en dibujar curvas inverosímiles sobre la mesa, huyendo de tu nariz.

—Pensé que ya habíamos finiquitado ese gramo —comentó Yrgam tras meterse la suya—; ¡llevo un puestazo digno de Babelak! —Se echó a reír de nuevo y Gayra le acompañó discretamente. Tu mente, en cambio, se volvía hacia los recuerdos, tan lejanos hasta ahora, de la guerrilla. Las palabras de Yrgam habían encaminado tus pensamientos hacia rincones que hacía tiempo no hollabas.

Rincones poblados en su mayor parte de recuerdos dolorosos que estaban bien en aquel lugar, sepultados en un estrato profundo de la memoria. Las caras reales, las de Gayra e Yrgam, se entremezclaban con las de otros que fueron tus amigos y que yacían muertos tiempo atrás. No tenías miedo de un mal viaje, no obstante. Eso había quedado atrás también. Tú galopabas sobre la MB 17; tú dirigías las riendas de aquella yegua briosa.

—Y suponiendo que yo pudiera ponerte en contacto con la Liga, ¿qué les dirías? —te preguntó Yrgam—. ¿Írías alegremente a entregarles una fortuna a cambio de nada? A cambio de menos que nada, pues perderías sin duda lo que ahora tienes: no puedes hacer grandes movimientos trasplanetarios de capitales sin que la Compañía tenga noticias de ello, lo sabes.

Procuraste concentrarte. ¿Qué les dirías? ¿Qué le dirías a Orstnas si te encontraras con él; si el viejo barbudo comandara realmente ahora la guerrilla? —Bien, Yrgam, les estrecharía las manos y les diría: camaradas, no deseo unirme a vuestra lucha, y esto por una razón estratégica y meditada, ya que he decidido alzar me en armas contra el Gobierno y la Compañía en otro rincón distante de la galaxia del que ustedes en breve tendrán noticias y que no quiero por el momento desvelar, ustedes me comprenderán; pero sí desearía implementar la labor de la Liga en este otro escenario bélico a través de los medios de que dispongo y que pasaré a comentarles, y todo ello según el

esquema que plantea el antiguo adagio “divide y vencerás” o, como también suele decirse, que nunca Alemania venció a Francia y Rusia unidas. Los medios de los que dispongo, y que generosamente pongo a su disposición para la noble causa que nos hermana, no son pecuniarios, no al menos en el común patrón oro, ni de tipo armamentístico o estratégico, pero no dudo de que sabrán transformarlo en aquello que ustedes más necesiten en la lucha libertadora, pues se trata de un producto fácilmente convertible en dinero contante y sonante: la sustancia comúnmente denominada MB 17.

Yrgam y Gayra se desternillaban de risa. Tú también en cuanto soltaste la última palabra. Tomaste un trago de la cerveza, pero por poco tienes que escupirlo en un nuevo acceso de risas mal contenidas.

—Y bien, camarada Grödnik —dijo Yrgam con voz de falsete—, ¿de qué cantidad de MB 17 estamos hablando?

Dejaste de reír. Miraste a Gayra a la cara y le preguntaste: —¿Cuánto polvo? ¿Doscientas toneladas?

Ella entrecerró los párpados mientras hacía un cálculo rápido. —Ciento veinte —dijo—, para empezar.

Si Gayra había entrecerrado los ojos un instante antes, Yrgam los abrió ahora como agujeros negros, lo que en el fondo te satisfizo. El juego se estaba tornando realmente divertido. Ahora él se había quedado serio y era la pelirroja la que reía quedamente. —Me estáis vacilando —dijo el hombreton. Te encogiste de hombros. “Piensa lo que quieras”, venías a decir.

—Me estáis vacilando —repitió—. Una tonelada de polvo son, al menos —echó cuentas—, unos ochenta millones de ásteres. Estás hablando de regalar miles de millones de ásteres en polvo. Si no puedes mover el dinero por la galaxia, ¿cómo pretendes mover ciento veinte toneladas ¡o doscientas! de tu material? ¡Habláis de MB 17 como si fuera arena del desierto! ¿Te das cuenta?

Evidentemente sí te dabas cuenta. —La puedo transportar con mayor facilidad que si se tratase de arena o dinero, créeme —le replicaste—. Gayra en persona se encargaría de las entregas, como ha hecho muy eficientemente en otras ocasiones.

Yrgam os miró de hito en hito a uno y otro. Después dijo: —No hablas en serio. Ni tienes mina, ni tienes polvo, ni te interesa la guerrilla. Me estás tomando el pelo desde que entré por esa puerta. Estás muy pedo y no hablas en serio.

No llegaste a contestar; Gayra no te dejó: —Está muy pedo, pero habla en serio. Siempre está pedo, pero siempre habla en serio. Más de lo que piensas. —Después tomó el último bombón de la bandeja, se lo metió en la boca y se quedó callada y pensativa, con los hombros erguidos, mirando el vapor que manaba de la pipa. Yrgam parecía un poco confundido y descolocado. O colocado en demasía, que viene a ser lo mismo; juegos del lenguaje.

—Creo llegado el momento de hacernos otra raya —anunciaste.

—Sí, será lo mejor —concedió tu antiguo camarada.

—De todos modos —continuaste mientras trabajabas el polvo sobre la mesa—, tú no puedes ponerte en contacto con Orstnas o con quien diablos sea que dirija la Liga en la actualidad, según propia confesión, así que poco importa que yo sea capaz o no de transportar grandes cantidades de material por la galaxia, ¿no crees? Si tú mantuvieras contacto aún con la guerrilla otro gallo nos cantarí, claro está, y podríamos discutir si puedo hacer las entregas o no. Pero, como no es el caso, podremos prescindir de los detalles y hablar de otras cosas. —Tu dedo índice describió un par de círculos en el aire—. De tu mina de oro, por ejemplo.

Os metisteis las rayas. Gayra observaba en silencio e indiferente, como si la cosa no fuera con ella, lo que no era cierto: el juego os envolvía a los tres en aquel momento.

—Nada que hablar de la mina, compañero. Una mierda de explotación de la Compañía. Una de tantas. Me dedico al explosivo, un montón de pegas al día. Mal sueldo, peor vida y una larga jornada. Nada interesante.

Sonreíste, más para tus adentros que para ellos, que moraban en el mundo exterior. —Es curioso, así comencé yo mis pasos hasta que di con mi filón de polvo blanco. Pura suerte, camarada. Pero tengo un mérito, eso sí: conseguí mantener a la Compañía al margen. Todavía hoy están al margen y se mueren, escúchame bien, Yrgam, esos *ghalem* se mueren por saber de dónde saco la pasta para mis negocios, para mis otros negocios, los que ocultan la verdadera fuente de riqueza. Porque

mi filón es un secreto, claro está. Si fuera algo público hace tiempo que yo habría aparecido muerto en extrañas circunstancias, tenlo por seguro. Pero por el momento albergan una duda razonable y están a la espera de acontecimientos: quizá después de todo yo no sea más que un contrabandista de poca monta con buen ojo para los negocios. Además, más de un *ghalem* me debe un favor, puedes creérmelo, y he preferido cobrar esos favores en forma de seguridad para mi persona y no de otros posibles modos.

—Lo cual es muy inteligente por tu parte —dijo Yrgam, chascándose los nudillos—. Pero seamos serios. Me preguntas sin ambages si puedo ponerte en contacto con la guerrilla. Razonemos. Hay dos posibilidades: que yo sea miembro de la guerrilla y pueda servirte de enlace, o que yo no tenga relación de ningún tipo con ellos.

Le interrumpió Gayra con su voz juvenil y como siempre serena: —O que seas un espía de los *ghalem* o la Compañía. Es una tercera posibilidad. La cuarta, que seamos nosotros los espías, queda descartada: tú has llegado forastero a esta casa; nadie te esperaba.

Asentiste con la cabeza. Ahora quizá te arrepentías un poco de ir tan puesto. Yrgam, sin embargo, parecía estar a la altura.

—*Touché!* —dijo—. Pero yo no descartaría del todo la cuarta posibilidad. En todo caso: la primera posibilidad implica que yo te estoy, os estoy, observando y aún no me he decidido. Además, no tengo prueba

alguna de nada de lo que afirmas, por lo que quizá, aunque fuese de la guerrilla, no me desvelaría hasta tener otros informes. Hablas de MB 17 como si se tratase de harina. No es fácil de creer ni aunque estés podrido de dinero. Y, estando rodeado de riquezas como estás, tampoco es fácil creer que quieras apoyar a la Liga, menos aun de un modo tan arriesgado. Por otra parte, la segunda posibilidad implica que yo soy un minero casi desconocido, pero un viejo amigo, al fin y al cabo, que se supone que sabrá guardar discreción sobre lo que aquí se ha dicho. La tercera posibilidad que tu esclava apunta...

—Gayra —corregiste.

—...que Gayra apunta —continuó él— no tiene importancia alguna, pues estamos tan pasados de MB 17 que ningún jurado tendría en cuenta nuestros testimonios ni aunque yo fuese el fiscal general de este sistema solar. Como puedes ver, tú no tienes nada que temer en ningún caso. Ya has dicho todo lo que deseaste decirme. Si soy de la Liga y pienso que lo que has sugerido tiene algún interés, te pondré en contacto con ellos; si no, santas Pascuas, y hasta otra, compañero, que da gusto ponerse a tono contigo.

Te reíste, pero ni Gayra ni Yrgam te hicieron coro. Después aplaudiste. —Bien, bien, tienes razón en todo. Excepto en una cosa —dijiste y dejaste correr unos segundos antes de proseguir—. Todavía no he dicho todo lo que deseaba decirte. Por un lado deseo decirte que me alegra hondamente poderte recibir en mi casa des-

pués de tantos años. Ha sido una grata sorpresa, de verdad. Por otra parte, deseo contarte una historia. Creo que antes te prometí que te la contaría, pero no estoy seguro ya; es la historia de ese gramo que te pedí que no perdieras de vista y que está ahí sobre la mesa.

Yrgam se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas, y dio dos profundas caladas al nariguile. Bebió cerveza antes de volver a expulsar el humo. —Sí, me prometiste antes esa historia.

—¡Pues te la voy a contar! Creo que Gayra nunca ha escuchado tampoco la historia completa. —Gayra se giró hacia ti e inclinó un poco la ceja. No dijo nada ni nada varió en la expresión de su rostro, a excepción de su ceja—. Pero antes de contaros la historia de este gramo creo que deberíamos hacernos otra loncha. Es de rigor.

Yrgam se puso en pie. —Y bebernos otra cerveza también estaría bien, Grödnik. Voy por ellas y de paso desbebo. Las lonchas se te dan mejor a ti.

En esta ocasión no tardó mucho en volver y para entonces ya estaban las tres rayas sobre la mesa. Ni por asomo rectas y paralelas como al mediodía. Por cierto, la tarde se había deslizado furtivamente sin que os percatarais. A través de los tragaluces del salón sólo se colaba la menguada luz del sol secundario y frío de aquel planeta desolado; el primer sol ya había llegado a su ocaso.

—Bien, escuchemos esa historia —dijo Yrgam con tres cervezas en la mano.

—Antes me gustaría que Gayra trajese la tanita —te volviste hacia ella al hablar—, si no es demasiado pedir. —Te puso una cara extraña; de reproche, hasta cierto punto. No le gustaba lo que estabas a punto de hacer, estaba claro. Sin embargo, tú eras quien mandaba en el juego. Y el juego estaba de lo más interesante. A Yrgam ya lo habías calado y todo aparentaba estar en orden. Estuviese o no en contacto con la guerrilla, Yrgam era uno de los tuyos, un camarada. No tardaría mucho en trabajar a tus órdenes; estabas seguro. No tardaría mucho en ser uno de tus lugartenientes. La pelirroja se puso en pie y marchó del salón. Te pusiste tu raya y le tendiste el esnifador a Yrgam. Cuando él se estaba metiendo volvió Gayra con la diminuta báscula digital en la mano. La dejó sobre la mesa y se metió su raya en dos partes: mitad por una aleta, mitad por la otra. Siempre elegante.

—Bien, Yrgam, dime cuánto pesa ese tubo de polvo, ese gramo que no has perdido de vista.

Te miró interrogante pero no realizó amago de moverse. Encendiste la báscula y la giraste, volviéndola hacia él. Después colocaste despacio sobre la plataforma metálica de la báscula el tubito de vidrio que contenía la MB 17.

—¿Cuánto pesa? ¿Qué pone?

Su expresión no había cambiado un ápice por el momento. Se había tornado apenas más seria cuando te espetó: —¿Qué pretendes demostrarme, Grödnik?

Sonreíste; si no lograste hacerlo de forma enigmática, al menos lo intentaste. Volviste a insistir.

—¿Qué pone en la pantalla?

Yrgam exhaló un sonoro y gracioso suspiro en dos tiempos que arrancó una carcajada a la muchacha y leyó: —Ocho con cuarenta y cinco gramos.

—Bien Yrgam, no era tan difícil.

—Tus palabras sonaron arrogantes—. Ahora hazte unas lonchas. Unas buenas lonchas. —Yrgam no rechistó, decidido a seguirte el juego. Empezaba a estar un poco intrigado. Vertió un buen montoncito blanco y piramidal de MB 17 sobre la mesa de cristal de roca de Shabulah. Hizo tres bastas y gruesas rayas y se metió rápidamente la primera. Luego Gayra. Luego tú.

—Ahora me vas a pedir que pese de nuevo el gramo —pronosticó Yrgam con un aspaviento de la mano.

—Efectivamente —contestaste. Y el hombretón de los ojos verdes depositó por segunda vez el tubo de vidrio sobre la báscula digital. Miró en la pequeña pantalla pero no dijo nada en voz alta—. ¿Y bien? —preguntaste triunfal.

Yrgam clavó sus ojos en ti. Había comprendido pero no acababa de creerlo. Sí, parecía más viejo, más cascado. Y había una profundidad en su mirada. Y en aquella profundidad una duda. Pero junto a aquella duda creíste entrever un destello de esperanza, un vislumbre de ilusión.

—Gayra, hazte unas rayas —ordenaste. Y Gayra obedeció sin decir palabra.

Os las metisteis. Las visiones eran ya difíciles de desenredar de la realidad, pero Yrgam leyó claramente en la báscula: ocho gramos

con cuarenta y cinco. Y ya no dudo más. Decidió dejarlo para otro día. Ya pensaría mañana en ello. Ahora mismo estaba demasiado colocado, imposibilitado para razonar con agudeza y perspicacia. El tema le sobrepasaba; se quedó en blanco.

Tomaste el tubo de la tanita y lo alzaste con la mano diestra frente a tu cara, maravillado ante el misterio. Lo habías mirado así en muchas ocasiones antes. Sin testigos, eso sí, pero el misterio era igual de absorbente que estando a solas.

—Podrías estar un año metiéndote polvo de este diminuto tubo y seguiría pesando ocho cuarenta y cinco gramos. —Te reíste, pero a un tiempo que triunfal fue una risa sin alegría—. Puedo decir que lo he comprobado. Gayra lo sabe.

Dejaste despreocupadamente el gramo sobre la mesa y tomaste la cerveza. Le diste un largo trago.

—Y ahora llegó el momento de contaros la historia de este gramo inagotable. Espero que sepáis disculpar que me vaya un poco por las ramas, pero con este colocón tenéis que comprender que no estoy seguro de poder hilvanar el relato de una forma más o menos coherente.

Te quedaste callado unos minutos, fumando parsimoniosamente mientras intentabas rescatar los recuerdos de aquella marejada de irrealidades que provocaba el polvo en tu interior, pescándolos casi moribundos para poder tejer la historia que debías narrar. Estabas demasiado colocado. Sabías que ibas a dejarte mucho en el tintero. Pero ya daba igual. El juego estaba to-

cando a su fin y estaba bien que así fuera.

—Empezaré por el comienzo. Aunque sólo es el comienzo de mi relación con el gramo, porque hoy creo que el gramo sin duda tenía una larga vida tras de sí antes de cruzarse en mi camino. Lo encontré. El gramo, sí. Lo encontré hace casi cinco años, en el planeta If, en el sistema del triple sol. Yo trabajaba de minero en aquella época, en unas minas de plata y, la verdad, no me iba mal gracias a un ingeniero que conocía de mucho atrás y que a su manera me protegía dentro de esa selva violenta que son las minas de la Compañía. Su nombre era Enal y era un gran tipo, digno de conocer; sí, señor.

"Pues bien, Enal recibió el encargo de recorrer un sector desierto de aquel planeta en busca de nuevas vetas metálicas. El estudio prospectivo a través de satélites que la Compañía había encargado hablaba de ricos yacimientos, pero los *freelanders* no lograban dar con ellos. La Compañía recurrió entonces a Enal, suponiendo que él sí sería capaz de conseguirlo; su experiencia en otros planetas climáticamente más hostiles avalaba, a ojos de los mandamases, aquella suposición. Así pues, Enal fue destinado a explorar el desierto y yo marché entre los que iban con él. Los conocía bien, a Enal y al desierto del planeta If, y en mi fuero interno tampoco dudaba de que diéramos con la veta.

"Sin embargo nos tiramos tres meses recorriendo aquel desierto y ya no es que no encontráramos una veta digna de tal nombre; es que ni

siquiera existían afloramientos rocosos en aquella maldita extensión de arena. Al parecer, en aquel planeta la roca firme se limitaba tan sólo al *erg* donde se situaban las explotaciones en activo, en el casquete del polo sur. Pero, por otra parte, los satélites y sus escáneres no podían mentir; el metal estaba, debía estar, allí. Enal se planteaba dos hipótesis: bien que el mineral estuviese sepultado bajo un grueso estrato de arena, bien que el mineral estuviese mezclado con la arena en forma de minúsculas partículas metálicas. Para resolver aquella incógnita tomó muestras de arena en diversos puntos y a diversas profundidades, pero al cabo de los tres meses nos volvimos para casa hondamente decepcionados. Para casa, por decirlo de alguna manera. Fue en el camino de regreso de la expedición cuando me encontré el gramo.

"Veréis, un día avistamos a lo lejos lo que parecían los restos de un camello y de algunos bultos. No se encontraban en la ruta de nuestra caravana, pero la monotonía de los días en el desierto me inclinó a acercarme para echar una ojeada. Solicité permiso a Enal y él me lo concedió de buen grado. Nadie quiso acompañarme, aunque lo propuse. En soledad, pues, tomé mi camello y me encaminé hacia la sombra que se perfilaba en el horizonte y que sin prismáticos era difícil no tomar por un espejismo. No tardé mucho en aproximarme, media hora a lo sumo, y en cuanto estuve algo más cerca pude comprobar que se trataba de los cadáveres de dos hombres, prácticamente momificados por el triple sol, y no del de un camello,

como inicialmente había pensado. Sus mochilas mordidas por el viento aún pendían de los hombros huesudos y resecos. Era curioso, pero todo parecía indicar que se habían matado entre sí con sus pistolas láser, caídas en el suelo y medio sepultadas por la arena. De hecho todavía quedaban litros de agua en sus cantimploras selladas. Matarse mutuamente en mitad del desierto: algo de lo más estúpido que yo haya visto nunca. Busqué sus papeles, pero no llevaban documentación encima, como era de esperar. Por las ropas tenían pinta de *freelanders*, que son el único tipo de ser vivo que uno puede suponer que encontrará en medio de aquella vastedad vacía; no muy vivos, en este caso. Rebusqué entre sus pertenencias, pero había poco que llevarse al saco; aparte de las pistolas láser, tan sólo treinta y cinco ásteres y un gramo de lo que por el olor parecía MB 17. Menos es nada, pensé, y montando de nuevo mi camello di la vuelta en busca de la caravana.

"Cuando alcancé a los de la caravana comenté la jugada con Enal y le entregué las pistolas láser, pero del dinero y del gramo no dije nada. Tampoco nadie me preguntó ni se interesó por el caso. Pienso que ninguno supuso que ocultara algo. Al fin y al cabo, nada tiene de extraño encontrarse el cadáver de un *freelander* con los bolsillos vacíos en mitad del desierto; lo raro sería encontrarte el cadáver de uno en la avenida de una megápolis y con una fortuna entre sus harapos.

"El caso es que todavía tardamos más de una semana en regresar a

Ithaqué, que era donde se situaba nuestra explotación, en el casquete sur, y hasta entonces no pensé en el gramo: imagináoslo, ¿qué iba a hacer yo puesto hasta las cejas y solo en mitad del desierto? Pero ya de regreso en Ithaqué y en compañía, he de confesarlo, de una prostituta brundalesa de lo más hábil, realicé el asombroso descubrimiento. “Imposible”, me repetía una y otra vez, tal y como supongo que lo estarás haciendo tú ahora, compañero Yrgam. Pero sí era posible: ¡es posible! ¡Es el gramo infinito! ¡El gramo inagotable! Hice la misma prueba de la tanita que realizamos aquí hace un rato, aun con básculas distintas. Y, en fin, cuando al cabo comprendí la magnitud del milagro que el Universo obraba conmigo, recogí todas mis cosas y me di el piro. So pretexto de buscar otra vida más sedentaria me despedí de Enal y de las pocas amistades que había cultivado en If, y con mis escasos ahorros abandoné aquel planeta para siempre.

“Tras If, en primer lugar me dirigí a Ciudad-Ashan, donde estuve haciendo pasta con el trapicheo de MB 17 una temporada. Después, cuando hube ahorrado una cantidad que me permitiera vivir holgadamente unos meses, me instalé aquí en Tánanis. A partir de entonces he manejado mis negocios desde una discreta distancia y no he hecho otra cosa que ponerme, colocarme y pasarme días y noches ciego, completamente pedo.

“Bueno, quizá exagero. El primer año medité muy profundamente en la naturaleza de los milagros, y también en la de las maldiciones, pues

a veces pensé que tal era mi encuentro con el gramo. No soy precisamente una persona religiosa: soy ateo y además me espantan todos los rituales en los que no se emplean drogas, e incluso éstos cada vez me gustan menos. Me costó integrar la presencia de lo milagroso en mi vida. Sí, riéte, pero sólo por un acto de suprema voluntad no me volví completamente loco. Escúchalo bien: loco. Es una palabra fea. Una palabrota, como dicen los críos.

“Luego me pasé unos cuantos años sin bajarme de la nube, completamente colgado. Pero últimamente he empezado a darle un poco a la neurona otra vez. Tengo mis proyectos y mis ilusiones. Empiezo a pensar que el hecho de que el gramo cayera en mis manos, y no en las de otro, fue significativo y debido a una *finalidad*, cualquiera que fuese. Empiezo a creer que todo lo que rige el universo se dirige inexorablemente hacia un mismo *objetivo*. Sé que lo que digo suena raro y que además vamos muy puestos, pero en mi mente empieza a perfilarse un plan claro y meridiano, que al mismo tiempo es una explicación. Y tu llegada a mi puerta precisamente hoy, camarada Yrgam, cobra nuevo sentido a la luz de ese *objetivo*. Como dirían los antiguos, has venido en manos de la Providencia.

Yrgam se rió. Tenía cara embozada. Tu historia después de tres rayas enormes de MB 17 lo había dejado como atontado.

—Es la historia más increíble que he oído nunca —dijo al fin, restregándose con los puños los hermosos

ojos verdes que adornaban aquel rostro viril tatuado por el paso de los años.

—Y sólo es el comienzo de la historia —afirmaste—. Hay mucho más. Otro día te contaré más cosas del gramo, cuando estemos más sobrios y no tenga el cerebro cubierto por telarañas de colores. He hecho mis experimentos, ¿sabes? Para certionarme. Por ejemplo: el polvo ya no se reproduce una vez fuera del tubo. Parece lógico, ¿verdad? ¿Pero es lógico que de un tubito de poco más de medio centímetro cúbico de capacidad hayan salido toneladas de MB 17? ¿Lo es? O, por ejemplo, el tubo es de cristal antiguo, sí, de vidrio auténtico. Lo he analizado: no se trata de cristal *illex* ni de ningún polímero sintético. Es vidrio auténtico y por lo tanto es frágil y delicado: puede romperse. ¿Qué sucedería si se rompiese el vidrio? ¿Finalizaría el milagro?

Yrgam y aun Gayra te miraban con asombro y gesto serio.

—También he probado a verter el polvo en otro recipiente de cristal antiguo, pero el milagro no se repite; el polvo tampoco se multiplica en el segundo recipiente. En fin, podría contaros muchas cosas. Cinco años en la nube pensando en un gramo inagotable dan para muchas reflexiones interesantes. Es una paradoja: una cantidad discreta pero infinita. Al revés que nuestro Universo, finito e ilimitado; es curioso.

Encendiste la pipa, que se había apagado mientras hablabas, y fumaste. También Gayra e Yrgam fumaron. Los tres guardabais silencio e inmovilidad,

sumido cada uno en vuestras propias reflexiones y mecidos por los efectos del polvo navegando por vuestros sistemas nerviosos. Es agradable estar colocado. Para ti, al menos. Hace que lo extraordinario e inexplicable logre un lugar coherente en tu mundo. Sería raro un mundo sin drogas. Intentaste por un momento imaginar un mundo así, donde estuviese prohibida la ebriedad, como sabes que ha sucedido en diversas etapas a lo largo de la Historia, pero no pudiste focalizar esa imagen. No alcanzaba tonos realistas; se te rebelaba y difuminaba. Sin embargo, vivías en un mundo en el que las desigualdades sociales e interplanetarias alcanzaban un grado difícil de imaginar, probablemente inaprensibles en su cruda realidad para los hombres del futuro. En cierto modo, historias paralelas.

Tomaste el último trago de tu cerveza, ya caliente, y miraste a Gayra a los ojos. Te sonrió angelicalmente.

—¿Nos hacemos otras? —propusiste.

—Sí —te respondió Gayra; un “sí” muy dulce, por cierto—, hazte otras. —Yrgam asintió con la cabeza, ensimismado. Volcaste de nuevo parte del contenido del tubo sobre la mesa, y de tres golpes precisos del filo de tu daga —zis, zas, zas— dibujaste tres líneas. Ellos se metieron primero. Después tú.

—De todos modos, sea cierto o no, ya no estoy en contacto con la Liga —dijo lacónicamente Yrgam. Dio una calada al narguile.

Sonreíste para tus adentros; había llegado la hora de finalizar el jue-

go. O de comenzarlo. El juego de echarlo todo a perder. El juego de ya-no-hay-retorno. El juego de vamos-a-la-guerra. Tomaste el cuenco y lo vaciaste volcando las pocas almendras que restaban sobre la bandeja, viuda de bombones. Enjuagaste el interior del cuenquito con la manga del delicado batín y volviste a depositarlo en la mesa. A continuación tomaste el tubo con la MB 17, lo destapaste y, desde unos palmos de altura, comenzaste a verter su contenido sobre el cuenco. Caía sobre el recipiente como un polvo fino y ligero, muy tamizado, y comenzó a formar un pequeño montón cónico en su fondo. El montoncito creció muy poquito a poco, pero de forma constante. Parecías un niño en la playa con un puñado de arena derramándose entre tus dedos, e Yrgam te miraba casi hipnotizado. Gayra también, como siempre que contemplaba el prodigio. Pronto el contenido del cuenco amenazó con desbordarse, y el tubito no estaba más vacío o más lleno que al principio. Devolviste entonces el tubo a su posición vertical, lo cerraste con su tapón de caucho, y con delicadeza lo depositaste sobre la mesa de cristal de roca.

Lo tomó Gayra, sin premura pero sin pausa, casi inmediatamente, y tirando de la cadena que llevaba al cuello sacó de entre sus senos un ornamentado colgante cilíndrico que a Yrgam le recordó algo que había visto en el planeta-génesis, aunque no sabría decir qué. La muchacha pelirroja accionó el resorte que abría el colgante, convirtiéndolo en un pequeño cofrecillo acolchado magnéti-

camente. Introdujo el gramo en el cofrecillo y lo cerró de nuevo: un colgante en apariencia sencillo pero virtualmente indestructible; tú mismo lo habías diseñado. Tornó a introducir el colgante entre sus pechos, bajo las ropas, casi con rubor. Después Yrgam volvió su atención hacia ti. No dijo nada, no obstante.

—No importa que ya no estés en contacto con la guerrilla —aseveraste—; da igual, trabajarás para mí lo mismo. Ya lograremos ponernos en contacto con la guerrilla. Despidete de la Compañía, pero esta vez para siempre. ¡Vamos a oír el zumbido del láser de nuevo, camarada!

Nostalgia, tal era la palabra que describía el rostro de Yrgam. Quizá también el tuyo. Sí, más que probable. Dio otra calada profunda y luego te miró. Sonrió.

—Sí, quizá no estaría mal volver a empuñar el láser. Parece que los muchachos de la Liga no lo están haciendo muy bien que digamos estos últimos años; nosotros, en nuestra época, sin duda lo hacíamos mejor. Sólo nos faltó una buena financiación.

Se echó a reír. Y su risa casi de inmediato contagió la tuya y la de Gayra. Una risa limpia esta vez, pura y cristalina.

Cuando se serenó se puso en pie, se cuadró y pronunció un enérgico “¡A tus órdenes, comandante!”. Se sentó de nuevo y en el mismo tono añadió: —A tus órdenes, como ya estuve en el pasado; como también tú estuviste bajo mi mando en la centuria.

Gayra sonrió. Ella era joven y eso te rejuvenecía a ti a un tiempo,

pero también tenía sus profundas vivencias, y eso te hacía apreciarla en su inestimable valor.

—Quizá aún estemos a tiempo de ganarle la partida a los *ghalem*, ¿no crees, eh, Yrgam? —Le palmeaste la rodilla y le guiñaste un ojo. Ibais realmente puestos y el juego había sido intenso y agotador, pero felizmente positivo. Respiraste profundamente. Echabas en falta algo de música, pero parecía imposible levantarse del sofá—. ¿Qué os parece si nos hacemos la última? —propusiste.

Yrgam rió quedamente, pero casi a desgana.

—Sí, venga, hazte la última —dijo y te sorprendió, pues temiste que ya se diera por vencido. Muy al contrario, por un momento continuó—. Ahora bien, espero no oír más tu voz por hoy y no tener que alzar tampoco la mía. He contemplado con mis ojos

un auténtico milagro, me he reencontrado con un viejo camarada, y llevo el mayor puesto de MB 17 que tuve en mi vida; y mi cerebro dice que ya está bien, que se pasa al *stand-by* y se va a dedicar únicamente a la contemplación del hermoso espacio interior. Feliz viaje, compañeros.

Se tumbó cuan largo era en el amplio sofá, cerró los ojos y no dijo más palabra hasta el siguiente amanecer del primer sol. Vosotros dos hicisteis lo propio; tú en el otro sofá, que la experiencia te demostraba que era lugar apropiado, y Gayra en la mullida y lujosa alfombra de lana biológica, como era su gusto. La noche transcurrió tranquila y con el amanecer se inició una nueva etapa de tu vida. Quién sabe si también una nueva etapa en la historia de la humanidad.

© PABLO SOLARES VILLAR, 2012.

PABLO SOLARES VILLAR
(España —Llanes, Asturias, 1976—)

Licenciado en Filosofía y autor aficionado, publicó *Los hijos de Mathnnnow*, autoedición del autor para la versión en papel (Bubok, 2012) y Ediciones Literanda (2012) para la electrónica; *Cuando perdimos la libertad* (Inice, Salamanca, 1993 —relato largo enmarcado en la guerra de conquista romana contra los pueblos astures y cántabros—), y “Onírica robótica”, en la antología del III Premio Ovelles Eléctriques de Relatos de Terror, Fantasía y Ciencia Ficción.

Colaboró en los números 1 a 3 de la revista cultural **Felechos y Cotolles** (Gijón, 2004 a 2012) y en **miNatura**. Participó en el I Premio literario “La mesa de mármol” en modalidad prosa (1992); en el IV Concurso de Microrrelatos “Pecados Capitaes” (2012); en el I Certamen Internacional de Microrrelatos “Los Alephs” (2012); en el VI Premio Internacional de Relato Erótico “Sexto Continente” (2012), y en el II Concurso de Poesía “Santa Rita” (1994), en algunos de los cuales logró el máximo galardón, y administra la ciberbitácora “Eritis sicut dii” (<http://eritissicutdii.blogspot.com.es/>).

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

